NO SUFRIRÁS

EDUARDO GRIS

Y OTROS MANDAMIENTOS DEL OCCIDENTE ADOLESCENTE

PENSAMIENTO ACTUAL

Rialp

NO SUFRIRÁS

EDUARDO GRIS

Y OTROS MANDAMIENTOS DEL OCCIDENTE ADOLESCENTE

PENSAMIENTO ACTUAL

Rialp

EDUARDO GRIS

NO SUFRIRÁS

Y otros mandamientos del Occidente adolescente

EDICIONES RIALP

MADRID

© 2022 by EDUARDO GRIS

© 2022 by EDICIONES RIALP, S. A.,

Manuel Uribe 13-15 - 28033 Madrid

(www.rialp.com)

Preimpresión y realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-6161-2

ISBN (versión digital): 978-84-321-6162-9

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

PRÓLOGO

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE PEOR

TODOS SOMOS IGUALES

LA CULTURA OS HARÁ LIBRES

NO MATARÁS (ANIMALES)

MUERTE AL PATRIARCADO

EL PECADO DE SUFRIR

¡VÍA LIBRE A LOS JÓVENES, A LOS VIOLENTOS Y A LOS TEMERARIOS!

CONCLUSIÓN

AUTOR

PRÓLOGO

SE DICE CON FRECUENCIA que vivimos en una sociedad infantil. No es cierto. Los niños son caprichosos, no creen en el futuro y tienen dificultades para manejar la frustración, características propias del hombre de nuestro tiempo. Pero los niños también saben confiar y aman los vínculos, dos fortalezas de las que carecemos. La etapa de la vida humana que mejor se corresponde con nosotros es la adolescencia. Y no en sentido etimológico: adolescens (o adulescens) es el participio presente del verbo latino adolesco, que significa «crecer, desarrollarse», cosas que nuestra sociedad dejó de hacer hace tiempo. Nos va mejor la etimología popular que a veces se oye, según la cual el adolescente es el que adolece, el que sufre dolencia o enfermedad.

Nietzsche acabó con el estorbo de Dios y desde entonces todo nos está permitido. Algo así le ocurre al adolescente: quiere que sus padres le dejen en paz para hacer lo que le dé la gana. Acaba de descubrirse a sí mismo y se encuentra maravilloso, lleno de posibilidades, capaz de empezar de cero y comerse el mundo. Sus padres no le entienden porque no se enteran de nada, sus ideas obsoletas no sirven ya para él. Ansía el empoderamiento y la autodeterminación. Es Adán (o Eva) a punto de morder la manzana. Porque el adanismo es uno de nuestros rasgos fundamentales. Como el adolescente, sentimos que nada de lo que nos ha sido entregado sirve, que hay que romper con el pasado, que nuestros predecesores son unos botarates. Quemamos los libros y las naves para arrojarnos sin medias tintas al precipicio incierto de un nuevo amanecer. Porque, como el adolescente, llevamos nuestra poderosa y única idea hasta el extremo dejándonos de contemplaciones y matices. Si un adolescente descubre que le gusta el color negro, lo querrá todo negro, hasta las paredes y el techo de su habitación. Si descubre su afición por el jengibre, querrá cocido madrileño con jengibre. Si una cerveza sienta bien, mil cervezas sentarán mejor. A nosotros nos ocurre algo similar: si los hombres tienen tales derechos, ¿por qué no los animales?; si puedo extirparme un tumor, que solo es un cúmulo de células que amenaza mi futuro, ¿por qué no extirparme

un hijo, que solo es un cúmulo de células que amenaza mi futuro?; si puedo perforarme las orejas, ¿por qué no voy a poder cortármelas y arrancarme la nariz, como un tal Anthony Loffredo que quiere convertirse en alienígena? Si el hombre inmaduro no lo tiene todo, prefiere no tener nada; el adolescente no sabe de tonos, de modulación, de límites internos.

Naturalmente, esta visión simplista y estereotipada de la adolescencia no se corresponde siempre con la realidad. El adolescente es también heroico, generoso, arrojado. Tiene empuje y quiere hacer cosas. Ha descubierto el mundo y anhela salir de casa para saborear sus deleites y enfrentarse a él. Por eso nuestra sociedad no es adolescente a secas: somos jóvenes ególatras cuyo horizonte es el espejo, inflados de solipsismo. Y eso nos hace cobardes, porque nadie está dispuesto a arriesgar lo más valioso que tiene (o que cree tener). Somos adolescentes en la cúspide del pavo, en mitad de una pataleta, rabiosos de autocompasión. Somos el hijo pródigo en el momento de la huida hacia adelante, a punto de derrochar su última moneda antes de suspirar por las algarrobas que comen los cerdos. Hemos salido de casa dando un portazo para adentrarnos a solas en lo oscuro. Atrás queda el fuego del hogar, que miramos por encima del hombro con desprecio. Y ahí vamos, sin saber adónde, rebeldes y ateridos.

El adolescente es el héroe de nuestro tiempo, que idolatra la juventud, la fluidez, el cambio por el cambio. No es un adulto ni un niño, vive en la transición. Evoluciona. Y eso nos encanta, porque lo que evoluciona, progresa. Es versátil, flexible y está lleno de posibilidades maravillosas. Se opone a la madurez, que asociamos con la decadencia inminente. Podríamos asociarla con la plenitud y la perfección, llenas también de posibilidades maravillosas, pero la plenitud y la perfección nos hacen pensar en lo anquilosado, en lo muerto. Son aburridas, porque cuando algo alcanza su pleno desarrollo, queda concluido, y ya no puede ser otra cosa. Ya no es relativo, muestra contornos terminantes que nos incomodan porque exigen una mirada, y una respuesta, demasiado unívocas. Lo sólido nos desafía con su concreción y no estamos para desafíos tan exigentes; es más desahogado perderse en lo ambiguo, que no requiere un posicionamiento definido ni un trabajo de comprensión cabal; es más cómodo flotar con la marea, dejarse llevar por la

corriente del río de Heráclito.

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE PEOR

EL SINTAGMA «EN PLENO SIGLO XXI» es uno de los lugares comunes más frecuentes e irritantes de nuestro tiempo. Parece reunir toda dignidad ética. Se emite una noticia sobre los alarmantes índices de marginalidad, uno dice: «¡En pleno siglo XXI!» y descansa beatíficamente cabeceando. Muchos no entienden que queden personas religiosas o que estallen conflictos bélicos en nuestra dichosa era. No se comprende que los ecosistemas continúen siendo destruidos «en pleno siglo XXI», que es, precisamente, el momento más propicio a su destrucción.

La coletilla es una de las más exasperantes de todas las que se repiten entre nosotros porque, para empezar, es mentira: no estamos en pleno siglo XXI. Para alcanzar tan gloriosa época habrá que esperar al menos veinte o treinta años, supongo. A no ser que pensemos que el siglo ha alcanzado su plenitud justo cuando nosotros pasamos por él, una idea muy propia del adolescente fatuo, para quien sus padres son antropoides obtusos y sus abuelos apenas alcanzan el umbral de los animales superiores.

A nadie se le escapa que la frase tiene que ver con el mito del progreso, la idea de que la humanidad va siempre a mejor. Esta concepción se apoya, claro está, en los avances científicos: la ciencia, acumulativa por definición, va progresando hacia un conocimiento más completo del mundo físico, como demuestra su creciente capacidad de manipularlo. No había satélites ni vacuna contra el tétanos en el siglo XV, y hoy sí. Tenemos agua corriente, calefacción y surcamos el planeta en pocas horas. En este sentido, indudablemente hemos avanzado.

Pero la coletilla tiene que ver también con la idea cristiana de la historia, que es lineal y no cíclica como en las cosmovisiones paganas. La encarnación de Cristo, su muerte y su resurrección marcan un nuevo comienzo y todos caminamos desde entonces hacia el desenlace final, cuando Dios haga justicia y restaure todas las cosas. Para el cristiano, lo mejor está por llegar, y esta certeza

ha dejado un poso en nuestra forma de entender el mundo. El bien es posible, puede alcanzarse, así que lo lógico es que seamos cada vez mejores. Pero el cristianismo atesora otra idea básica que se ha olvidado —o distorsionado— por completo: la del pecado original, que podría sintetizarse en que somos seres esencialmente corrompidos. Estamos rotos, algo no funciona, y esparcimos un extraño veneno por todas partes.

Pero el hombre contemporáneo no acepta que está corrompido. Se trata de una concepción pesimista y oscura, medieval, que no tiene cabida en pleno siglo XXI. Porque trae consigo algo horroroso que conviene desterrar: la culpa. Culpabilizar a la gente es inadmisible, y culpabilizarse a uno mismo es el camino más seguro para perder la autoestima, que, como todo el mundo sabe, constituye el fundamento de la felicidad. Todos hemos oído eso de «yo soy como soy. Al que le guste, bien, y al que no, ahí tiene la puerta». Si mi carácter es despótico, ¿qué culpa tengo yo? Otros, en los que queda un ápice de humildad, se reconocen imperfectos. Pero imperfección es una cosa, y corrupción medular, otra muy distinta.

Sin embargo, no es necesario buscar muy lejos para darse de bruces con esta corrupción medular. No hace falta pensar en crímenes de guerra, en Auschwitz o en las matanzas de los jemeres rojos: basta con mirarse al espejo. Amo profundísimamente a mi esposa, pero tengo un mal día en el trabajo y ya no soy capaz de tratarla con dulzura. Me asalta la ira si alguien, que tal vez ha tenido un día peor que el mío, hace una maniobra extraña con el coche. Me lleno de soberbia a la primera oportunidad, o de envidia, y alimento mis malos deseos con regocijo amparándome farisaicamente en una falsa justicia. Un examen íntimo y sincero debería llevarnos a reconocer esta mancha original. Si no fuera tan mala para la autoestima.

No obstante, oímos también a todas horas que el hombre es el cáncer de la Tierra, un virus, una bestia, la peor de las plagas. Y lo oímos, a menudo, de quienes rechazan categóricamente la culpa original. No hay tal cosa, dicen; solo hace falta meditación, pilates, terapia de grupo, prohibir la carne, feminismo o comunismo (más adelante reflexionaremos sobre algunas de estas soluciones). La visión cristiana de la historia ha generado otras, como la marxista,

que también es lineal. Solo necesitamos atender a las cuestiones materiales para instaurar el paraíso en la tierra. Cuando desaparezcan las clases sociales y todo el mundo tenga lo necesario para vivir dignamente, se acabarán nuestros problemas. Progreso es progreso material, el único posible. Pero entonces, ¿cómo es que, en pleno siglo XXI, con todo el progreso material que hemos acumulado, sigue ocurriendo lo que ocurre? Esta contradicción ¿no contradice el planteamiento materialista? Si no somos mejores ni más felices con todo lo que tenemos, ¿no será que no solo de pan vive el hombre? Además, si las soluciones aducidas son tan buenas, ¿por qué nos resistimos a abrazarlas incondicionalmente? Alguien podría pensar que padecemos un oscurecimiento intrínseco, un defecto medular que nos lo impide…

Ya hemos dicho que el desprecio del pasado, tan propio de la adolescencia, es también propio de nuestro tiempo. Las civilizaciones antiguas glorificaban a sus ancestros y hablaban, incluso, de una pretérita Edad de Oro. En la Edad Media se honraban las tradiciones populares y se tenía por sabios eminentes a los filósofos muertos siglos atrás. Los hombres del Renacimiento vieron en el mundo clásico un tesoro de civilización, de saber y de cultura. Pero, para muchos de nosotros, pasado equivale a barbarie. Los clásicos eran unos machistas y unos esclavistas, en la Edad Media no se lavaban y en la Moderna se mataban por cuestiones religiosas. Nosotros, en cambio, nos matamos por coltán, un ideal mucho más alto. Tenemos medicinas, tenemos internet y podemos irnos de vacaciones a la India. Tenemos los Derechos Humanos, la ONU y la democracia. Los hombres del pasado eran criaturas a medio hacer, más cercanas al mono que a nosotros, salvajes y miopes. Tan tontos nos parecen que hay quien juguetea con la posibilidad de que unos extraterrestres construyeran las pirámides, porque los pobres egipcios, sencillamente, no habrían podido. La exquisita poesía china arcaica o la luz multicolor del Gótico extendiéndose por Europa no son sino anomalías. Que hace más de veinte siglos un griego calculara la circunferencia de la Tierra sirviéndose únicamente de un palo no parece impresionarnos. Tal vez porque ya no se enseña.

Cuando a un estudiante de Secundaria le cuentas que los legionarios romanos llevaban pinzas de depilar, se le ponen ojos de búho. Si a

los más mayores les lees un poema verde de Catulo, de Marcial o de Ausonio, preguntan: «¿Cuántos años dices que tiene eso?». Puede que alguno pregunte también: «¿Y por qué no nos lo enseñan en clase?». «Porque no tiene salidas», contesta otro. Y, efectivamente, ahí radica parte del problema. Hemos quedado en que esta es una época materialista. Si algo no produce un rédito económico inmediato, no sirve para nada. Atrapados en la monomanía adolescente, no nos damos cuenta de que lo que no sirve para nada tal vez sirva para todo, de que pelearse con la lógica de Aristóteles puede ayudarnos a dilucidar cualquier problema. Puede incluso ayudarnos a detectar las falacias de un político. ¿No será por eso por lo que los políticos quieren desterrar a Aristóteles de los planes de estudio? A los poderosos les viene muy bien que creamos vivir en la mejor época de la historia, que demos gracias al Universo por haber nacido en pleno siglo XXI. Al menos tenemos medicinas, agua corriente y vacaciones en la India. «Cualquiera de vosotros come mejor que el más poderoso rey medieval», se harta de decirnos un profesor de Historia. Entonces suspiramos: ¡Qué suerte la nuestra!

Hemos aprendido, al menos mayoritariamente, a no sentirnos superiores a otras razas, lo cual está muy bien. Pero nos sentimos infinitamente superiores a nuestros ancestros. Y esta veterofobia nos mantiene sumisos como toros castrados, satisfechos y felices en la ignorancia. Si, en vez de reducir el conocimiento del pasado a unos cuantos eslóganes sobre la crueldad antigua o la oscuridad medieval, nos enseñaran a penetrar en el sentir de quienes nos precedieron, a comprender sus inquietudes y sus porqués, como intentamos comprender las inquietudes y los porqués de quienes pertenecen a culturas exóticas, tal vez no nos sentiríamos tan superiores. Pero entonces no seríamos tan mansos. La veterofobia nos desgaja de nuestros hermanos pasados como la xenofobia de nuestros hermanos presentes, corta nuestras raíces —privándonos del alimento que de ellas afluye y del anclaje que nos impide vernos arrastrados por el primer viento que sople— y nos coloca en un trono de suficiencia palurda. Para contemplar desde él todo lo que sigue ocurriendo, incomprensiblemente, en pleno siglo XXI.

«No aprendemos», dice alguien desde ese trono. Suenan tambores de guerra en algún lugar del mundo y nosotros, con hondo suspiro, sentenciamos: «No aprendemos». Me parece una afirmación

incuestionable. La pregunta es: ¿por qué no aprendemos? ¿Tan tontos somos? Hemos desarrollado la ciencia hasta límites impensables hace un siglo, ¿y no vamos a dejar de tropezar un millón de veces con la misma piedra? Pues no, no lo haremos. Porque hemos equivocado el diagnóstico: nuestro problema no es de índole material sino espiritual, y mientras solo busquemos soluciones materiales, volveremos a tropezar, otro millón de veces, con la misma piedra. En pleno siglo XXI, XXII y XXIII.

TODOS SOMOS IGUALES

CADA CIERTO TIEMPO, algún obispo recuerda la doctrina de la Iglesia sobre las relaciones homosexuales. Automáticamente, saltan personas y asociaciones que quieren llevarle a juicio. A pesar de la recurrencia y la puntualidad con que una cosa sigue a la otra, no logro acostumbrarme, y busco a quien me lo explique. La propia existencia del delito de odio es de por sí suficientemente pasmosa. ¿Cómo se puede condenar un sentimiento? ¿Cómo se puede condenar un sentimiento en una época que proclama la ingobernabilidad de los sentimientos? Si cometo una tropelía, se me impone una pena; si cometo la misma tropelía albergando determinado sentimiento, se me impone otra. Ni al más oscuro inquisidor se le habría ocurrido algo así: «Como me entere yo de que sientes lo que no debes, te vas a enterar».

Pero partamos de la base de que existe el delito de odio. La persona ofendida a quien he acudido para que me explique asegura que las palabras del obispo son inaceptables, y yo pienso que tal vez las conozca solo de oídas, porque no es posible encontrar en ellas ofensa ni desprecio, ni mucho menos odio. Pero resulta que la persona ofendida conoce al dedillo las palabras del obispo, y continúa asegurando que resultan inaceptables y que merecen una denuncia. Cito entonces el Catecismo: «[Los homosexuales] deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza». El obispo sigue mereciendo sentarse ante el juez, y yo empiezo a rascarme la cabeza. «¿En qué modo incita al odio entender que lo que alguien hace es incorrecto?», pregunto. El obispo pertenece a una institución que proclama que todos hacemos muchas cosas incorrectas; el obispo ha comenzado la celebración confesando que él hace muchas cosas incorrectas. ¿Está incitando al odio contra sí mismo, está incitando al odio contra todos los miembros de la institución a la que pertenece? La persona ofendida me explica entonces, con toda la paciencia que mi necedad merece, que no se puede ir por ahí diciéndole a la gente que hace las cosas mal, porque decirle a alguien que hace algo mal es señalarle, humillarle, herirle. La observación se convierte en acusación; espetarle al

prójimo que yerra implica asumir una posición de superioridad, implica que yo estoy en posesión de la verdad y él no. Por eso, supongo, encajamos tan mal la crítica últimamente. «El desacuerdo es traición», decía Umberto Eco en su caracterización del fascismo. Alguien ironizaba en YouTube sobre la imposibilidad de hacer un chiste que no ofenda a nadie. Si esto sigue así, podré denunciar a mi doctora por decirme que no fume.

Ocurre algo semejante con la condición física o mental. Los que hasta hace poco eran llamados deficientes son ahora personas con necesidades especiales; los discapacitados poseen capacidades distintas. Se nos recuerda que lo de Fulano no es una enfermedad, sino un cuadro clínico diverso. Mengano es una persona normal pero diferente. Tan obvia contradicción no se le escapa ni al más obtuso, pero es preferible caer en contradicciones que asumir la desigualdad. El tema se relaciona con el tabú, con la necesidad de nombrar realidades incómodas mediante el eufemismo, algo perfectamente natural. Pero ¿se trata solo de eso?

Las nuevas corrientes pedagógicas nos animan a no poner nunca un cero. La nota mínima es el uno. ¿Y si el estudiante no sabe absolutamente nada? Siempre se sabe algo. El muchacho sabrá sus cosas, otras cosas, o las sabrá de otro modo, de un modo no normativo, alternativo, diferente (y, por tanto, enriquecedor). Algo se podrá rascar. Quizás, bien mirado, tenga un diez. Lo importante es que piense por sí mismo, que descubra el mundo a su manera y que no se sienta encorsetado por paradigmas opresivos como tener una meta clara y valorar lo cerca o lo lejos que uno está de ella. El cero es demasiado negativo, demasiado rotundo, y resulta contraproducente porque frustra y puede darle al chaval la anacrónica idea de que conseguir algo requiere esfuerzo, cuando lo único que tiene que hacer es esgrimir su derecho inalienable a un título académico. Así, los contenidos se rebajan, se diluyen, se relativizan. Existen adaptaciones de La Regenta para alumnos de cuarto de la ESO, lo que significa que estamos ofreciendo a chavales de dieciséis años simplificaciones de obras escritas en su lengua materna hace poco más de un siglo. Exigir a los estudiantes de Bachillerato que lean el Quijote completo es una práctica educativa tan arcaica como la memorización de la lista de los reyes godos o el empleo correctivo de la regla. Los hay que se rebelan contra estas

nuevas corrientes pedagógicas, aduciendo que estamos igualando por abajo, que reducir el nivel de exigencia no conduce a nada o, más crudamente, que si tratas a la gente como si fuera estúpida, acaba por volverse estúpida. Pero se les recuerda que cada chaval es diferente, que lo justo es evaluarlos según sus aptitudes y sus capacidades y que «condenar a los alumnos por un suspenso es elitista, machaca a los de abajo y favorece a los de arriba».

Claro que la formación académica debe ser flexible, claro que es necesario atender a las distintas realidades y características de los alumnos. Nadie quiere machacar a los de abajo. Pero, ¿por qué consideramos que suspender una asignatura te convierte automáticamente en uno de los de abajo? ¿A qué se debe la superabundancia de eufemismos en torno a la condición física o mental? ¿Por qué es inadmisible opinar que alguien comete errores? Porque el error, la discapacidad o el suspenso nos degradan. Subyace la idea de que cualquiera que participe de estas realidades es inferior, o no nos empeñaríamos tanto en normalizarlas, en forzar la igualdad. Si suspender una asignatura no me convirtiese en el de abajo, no habría tanto problema en suspenderla.

La ofensa, en realidad, no radica en asumir que alguien padece una minusvalía, por ejemplo, sino en decirle que es «normal pero diferente», porque, además de tomarle por estúpido, estamos dando por sentado que su minusvalía le degrada. Puede resultar inoportuno o indelicado, al menos en ciertos contextos, recordar las escasas aptitudes de un estudiante para las matemáticas, pero aprobarle o pasarle de curso sin haber adquirido los conocimientos mínimos constituye una verdadera falta de respeto, además de un engaño. Por no enfrentarle a sus problemas con los números, le estamos llamando tonto a la cara. El ominoso silencio sobre los errores del otro es una falta de humanidad evidente, porque implica pensamientos tan poco humanitarios como «él sabrá» o «allá se las apañe». Raro es el debate en el que alguien no dice, henchido de elegancia, delicadeza y respeto exquisitos: «No pretendo hacerte cambiar de opinión». Si de verdad me respetas, si crees que estás en lo cierto y yo me equivoco, deberías pretender que cambiase de opinión. Esa habría de ser tu máxima prioridad. «No pretendo hacerte cambiar de opinión» es una muestra del desprecio supremo: la indiferencia.

Uno de los principios sobre los que descansa nuestra civilización es que todos los seres humanos somos iguales. Pero nuestra civilización se ha vuelto, ya lo hemos dicho, materialista. Es decir, sostiene que la única realidad es la material. Y como el citado principio prescinde de la realidad material, nuestra civilización se encuentra en un atolladero. Tenemos que ser todos iguales, pero solo podemos serlo materialmente y materialmente somos distintos: unos guapos y otros feos, unos sanos y otros enfermos, unos listos y otros tontos. ¿Cómo resolvemos la contradicción? Negando las diferencias materiales que tenemos ante los ojos. Por eso inventamos retorcimientos y subterfugios bobalicones. Por eso no se le puede decir a nadie que yerra, por eso no se puede suspender a los estudiantes.

La prueba de lo dicho es que hablamos constantemente de vida digna. La dignidad es un añadido a la vida humana, no algo inherente a ella. Defendemos la eutanasia para quien ya no tenga una vida digna y el aborto para quien tal vez no vaya a tenerla. Todos los seres humanos son dignos, pero algunos son más dignos que otros. Y es curioso que estas consideraciones provengan de la cosmovisión progresista, de izquierdas o como se la quiera llamar. Los integrantes de los círculos progresistas o de izquierdas han asumido, tal vez sin percatarse de ello, el concepto de dignidad propio de la publicidad y del capitalismo, la idea de que la dignidad es cuantitativa, no cualitativa. No es digno ser pobre, no es digno estar enfermo. Es más digno tener un cochazo que una tartana, más digno correr maratones que andar arrastrando achaques, más digno ser ingeniero que mozo de almacén. La vida digna, la digna de verdad, es la de Cristiano Ronaldo.

La causa última de todo esto es que hemos perdido la conciencia de la filiación divina. De acuerdo con el materialismo, solo somos el resultado de un azaroso potaje molecular, y entonces nuestra dignidad es, como mínimo, dudosa. Por eso hay que obviar las diferencias que existen entre nosotros, por eso hay que extender nuestra forzada dignidad a los animales (asunto del que nos ocuparemos más adelante). En cambio, si somos hijos de Dios, nuestra dignidad es inmarcesible, porque proviene del creador del universo, del responsable de todo cuanto existe. Ni la enfermedad ni el suspenso ni el error tienen poder sobre ella. Pero somos

adolescentes rebotados con el padre que les da sustento y cobijo, hemos matado o abandonado a aquel del que mana nuestra dignidad, andamos huérfanos y errantes, y rebuscamos sustitutos de esa dignidad, que pese a todo nunca podemos perder, en los albañales del mundo.

LA CULTURA OS HARÁ LIBRES

SEGÚN MUCHOS DE NUESTROS conciudadanos, la causa de todos los males que nos aquejan es la ignorancia. En las redes sociales abundan memes en los que aparecen montañas de viejos volúmenes con leyendas sobreimpresas como «la ignorancia es tan grande que los ladrones no roban libros» o «dejamos los libros sin supervisión porque los ladrones no leen y la gente que lee no roba». Arturo Pérez-Reverte incide con frecuencia en esta concepción: «Vivimos en un mundo que se está suicidando por ignorancia», «solo la cultura nos salva», «de nada vale una urna si el votante es analfabeto», etc. Eso que llamamos cultura bastaría para hacer desaparecer toda tentación, o proporcionaría el poder de resistirla. Uno se lee el Quijote y no vuelve a despreciar a nadie. A medida que avanzamos por las páginas de Crimen y castigo, el primero comienza a extinguirse y el último a volverse innecesario. El pecado original es la ignorancia, así que urge comer el fruto del árbol del conocimiento.

Naturalmente, basta pensar un segundo para darse cuenta de que esto no es así. He leído muchos libros en mi vida y sigo más malo que el veneno. Pero ni siquiera un analfabeto podría tragarse la falacia. Porque es suficiente echar un ojo al bibliófilo que tenga uno más cerca para comprobar que no es mucho mejor que cualquier otra persona. Según parece, un tal Laéssio Rodrigues de Oliveira adquirió sus saberes a base de robar, precisamente, libros, y siguió robándolos después. El pueblo alemán de la primera mitad del siglo XX era tal vez el más culto del planeta, y todos sabemos adónde le condujo su cultura. Por no hablar de los políticos con tantos títulos académicos como causas pendientes por malversación. Malala Yousafzai, la mujer pakistaní que sufrió un brutal intento de asesinato cuando iba a la escuela, parece haber dicho que «un niño, un profesor, un libro y un lápiz pueden cambiar el mundo». Sin duda, pero no necesariamente para bien.

Todos hemos oído que hay que leer, que leer es muy bueno. Con frecuencia, las lecturas programadas para nuestros escolares se

reducen a ñoñerías carentes de aliento artístico o interés intelectual, que pretenden mantenerlos pegados a las páginas con historias masticadas y bobas, hablándoles siempre «en su lenguaje». Si alguien protesta y propone algo de mayor enjundia, le llamamos reaccionario. Tal vez algún alma caritativa del departamento tenga la paciencia de explicarle que «lo importante es que lean». Y el reaccionario dirá que ya leen, que se pasan la vida leyendo. Leen carteles por la calle, leen en sus teléfonos móviles, leen en los videojuegos. Si de lo que se trata es de que practiquen sin más la lectura, podemos estar tranquilos. Pero el reaccionario se entera de que lo importante es que lean, sí, pero libros. En papel o en pantalla, pero libros. Las letras tienen que acogerse a ese formato o no sirven para nada.

El libro goza de un enorme prestigio cultural. Y es lógico, porque tradicionalmente ha recogido los saberes humanos y algunos de nuestros más altos logros artísticos. Pero un libro, a fin de cuentas, solo es el soporte de un discurso más o menos largo. La calidad del libro dependerá, lógicamente, de la calidad del discurso, igual que la calidad de una comida depende de la calidad de los alimentos que la componen. Nos preocupamos mucho —y hacemos bien— de que nuestros pequeños no se atiborren de comida basura. Pero a nadie parece preocuparle que se atiborren de discursos basura. Si cuidamos lo que nos metemos para el cuerpo, ¿no deberíamos cuidar lo que nos metemos para la mente?

Saltan las alarmas: Inquisición. El reaccionario quiere establecer un nuevo índice de libros prohibidos. El índice de alimentos prohibidos no inquieta a nadie, pero la lectura debe ser anárquica, porque lo importante es leer. Da igual que el libro haga apología de la anorexia o de la violación en grupo. Que lean al Marqués de Sade pero que lean, por Dios, que lean.

El fenómeno es siempre el mismo: una palabra se carga de connotaciones positivas y todo lo que caiga bajo su amparo es inmediatamente deseable. Descubrimos algo que nos parece bueno y de inmediato lo convertimos, como haría el adolescente, en panacea universal, sin distinciones, sin peros, sin matices. El libro, la cultura y la educación son nuestra única esperanza, la verdadera trinidad salvífica. Pero el canibalismo es una práctica cultural, el

Mein Kampf es un libro y la agogé espartana es, estrictamente, educación. Basta discurrir un momento para caer en la cuenta de que un fenómeno cultural puede ser nefasto, de que existen pésimos libros y de que se puede educar mal.

Se me dirá que estoy sacando las cosas de quicio por absurda reducción al absurdo. Todos sabemos lo que queremos decir con las palabras cultura, libro y educación. Nos referimos al teatro, a la danza, al cine de Hitchcock; a pasar el testigo del saber, a tener una carrera y a dar los buenos días y las gracias. Los escrúpulos semánticos solo embarullan. Pero no hablamos de escrúpulos semánticos sino de discernimiento. Y cuando asumimos la bondad automática de cualquier cosa relacionada con la cultura, los libros o la educación, hemos perdido nuestra capacidad de discernir. Leer sin más no es bueno, como no lo es comer sin más. Hay videojuegos mucho más enriquecedores que muchos de los libros que se exponen en los escaparates. Renuncie al último libro del último youtuber y cómprele a su hijo Child of Light.

Decir que nuestra salvación radica en el conocimiento, en la educación, en la cultura es, por tanto, como decir que radica en un cuchillo, en la física o en la ley. Es decir algo completamente hueco. Porque si el cuchillo puede emplearse para preparar la comida, también puede emplearse para descuartizar al vecino; la física nos permite fabricar el microondas o la bomba H; la ley puede protegernos o mandarnos a la cámara de gas. Esto es absolutamente obvio; todos sabemos que las cosas pueden emplearse para el bien o para el mal. Y sin embargo, seguimos depositando nuestras esperanzas en las cosas en sí, en instrumentos, en programas. Nos construimos un becerro de oro, «un dios que vaya delante de nosotros». Pero ese dios, como es natural, ni va ni viene.

Las razones de estas idolatrías son varias. Para empezar, resultan muy cómodas: uno dice que la solución está en la escuela, se siente muy ilustrado, y a otra cosa. También nos colocan en una posición de superioridad con respecto al pasado, y eso, ya lo hemos dicho, nos encanta. La educación escolar ha empezado a generalizarse hace relativamente poco, lo que la convierte en un elemento de contraste que permite explicar las cosas con mucha economía: el mundo ha sido una calamidad por culpa de la ignorancia, que

estamos en camino de suprimir. Además, el conocimiento tiene un enorme prestigio social porque nos parece propio de personajes encumbrados. Pero no todo el mundo tiene una fe tan inquebrantable en las bondades de los libros y la cultura. Chesterton dijo que «sin educación, estamos en horrible peligro mortal de tomar a la gente educada en serio». C. S. Lewis, por su parte, habría señalado que la educación sin valores solo nos hace demonios más inteligentes. Pero uno lee esta cita y piensa que C. S. Lewis no va lo bastante lejos. De hecho, cae en el mismo error que venimos denunciando: sustituye el ídolo de la educación por el ídolo de los valores. Stalin o Hitler tenían valores. Y Lewis era lo bastante agudo como para darse cuenta. Por eso nunca escribió esa frase, que tan enternecedoramente circula, junto a su nombre y su rostro lleno de bonhomía, por internet.

Cuando el Estado Islámico asoló Palmira, oímos y leímos acusaciones de ignorancia. El problema es la ignorancia, en oposición al saber. Destruyen porque no saben. Pero ¿qué era exactamente lo que no sabían, qué era lo que ignoraban? ¿Que estaban ante templos dedicados a viejos dioses, ante los restos materiales de una civilización distinta de la suya? Lo sabían perfectamente. Y, porque lo sabían, los destruyeron. Si hubieran sido unos completos ignorantes, si hubieran salido de aldeas oscuras y aisladas sumidas en el analfabetismo y el desconocimiento del mundo, Palmira los habría maravillado. Habrían llegado a ella como al País de las Maravillas, un mundo de piedras vivas y parlantes que desafían al cielo, una misteriosa confabulación de la arena del desierto que se alza como las palmeras de un oasis y retoña en la vegetación de los capiteles. La ignorancia habría salvado Palmira.

Todo este asunto tiene que ver con novedosos planteamientos —que en realidad esconden viejos errores— como la autoconstrucción del conocimiento. El profesor no enseña, sino que guía al aprendiz hasta el saber, que debe adquirirse por descubrimiento. El niño ha de recorrer de nuevo miles de años de reflexión e investigación. Tiene que descubrir el fuego, inventar la rueda y establecer la tabla periódica de los elementos por sí mismo. En vez de entregar el testigo de la ciencia, hay que ocultarlo. Educar es jugar al escondite. Porque si lo entregamos sin más, el estudiante no lo va a

querer, por el simple hecho de que se lo hemos entregado. Es lógico: esa entrega esconde una imposición autoritaria, y la autoridad es un concepto anacrónico, vertical, antidemocrático, jerárquico y muchas otras palabras feas. El niño debe explorar, construirse a sí mismo, decidir sin imposiciones lo que quiere y lo que no. El caso es que lea, que adquiera cultura (o, mejor, culturas) y que esté (y sea) muy educado. La posibilidad de que mastique hojas de adelfa o meta los dedos en el enchufe es algo que el hombre liberal y moderno, el hombre que respeta el espacio y la autonomía del otro, debe asumir. ¿Cuántas veces no hemos oído que no debe inculcársele al niño ninguna religión, porque ya elegirá él cuando crezca? Bajo este melindre, tan aparentemente considerado, se esconde en realidad el convencimiento de que la religión no vale para nada. Porque, a la par que nos negamos a inculcarla en aras de la autoconstrucción de la identidad, inculcamos la democracia, los Derechos Humanos, la Constitución, la meditación, el yoga y los talleres de mindfullness.

Nada de esto es nuevo. Muchos se han dado cuenta de que, si dejamos al niño a su aire, sencillamente no le educamos. Educar es inculcar, transmitir, llenar de contenido, poner cosas donde antes no las había. Y si nos negamos a inculcar nada al infante para que sea él mismo quien elija, ya le estamos metiendo algo en la cabeza: la idea de que no hay que meter nada en la cabeza de nadie. Estamos inculcando algo, solo que muy pobre y escasamente fructífero.

La labor de unos padres o de una sociedad no es educar, sino educar bien. Y para educar bien, hay que tener claro lo que es bueno y lo que no. Surgen aquí los desacuerdos, naturalmente. Opino que el mayor tesoro que puedo legar a mis hijos es la fe católica, y usted tal vez opine que los estoy corrompiendo. Pero esta disensión, que puede conducir al debate fértil o al enfrentamiento armado, es mejor que encogerse de hombros y dejar que el niño elija, porque no se puede elegir en el vacío. Ex nihilo nihil fit. El respeto supremo por el otro, el espacio de libertad más amplio para la autoconstrucción, se alcanzaría si no habláramos al pequeño que nos mira con ojos expectantes deseando recibir cosas buenas, para que sea él quien, en el futuro, decida si quiere tener por lengua materna el croata, el chino o el malayo. Pero entonces, llegado el

futuro, el joven no podrá aprender ninguna lengua, ni siquiera la de sus respetuosos padres. O lo hará de manera deficiente, que aquí los sabios no se ponen de acuerdo.

Nada de esto significa que debamos transmitir los saberes y los valores a nuestros hijos de manera fría, maquinal o despótica. No se trata de soltarles largos discursos para que los memoricen como papagayos. No debemos concebir al educando como una figura pasiva, mero receptor o continente de lo que nos plazca depositar en él. Por supuesto que los niños deben implicarse, explorar y descubrir, y que será muy difícil que lo hagan si los sometemos a la recepción pasiva. Nunca me ha convencido eso de decir a los niños y jóvenes que tienen que estudiar para ganar mucho dinero el día de mañana, para labrarse un buen futuro. Afortunadamente, el dinero no es aún su principal preocupación, y el futuro les importa muy poco. Suelo decir a mis alumnos que estudien para resolver misterios, como Sherlock Holmes; para salir del laberinto, como Ariadna; para descubrir lo oculto, como el que abre un regalo. Si conseguimos despertar en ellos el gozo de comprender las cosas, el amor por la luz que el conocimiento arroja sobre todo lo que nos rodea, el asombro ante un mundo lleno de maravillas que descubrir, será mucho más fácil que estudien. Pero para eso hay que concebir el mundo como algo comprensible aunque plagado de misterios, algo razonable y ordenado a lo que podemos acceder por medio de nuestra inteligencia. Sin embargo, con frecuencia concebimos y presentamos la realidad a nuestros niños como algo muy diferente, desde una óptica relativista y anárquica, meramente utilitarista o epicúrea: la óptica del adolescente fatuo. La impresión que así propiciamos es que no vale la pena estudiar el mundo, que es un campo de Agramante caótico e incognoscible.

Esto ocurre porque intentamos huir del dogmatismo, otra palabra fea que nos suena a imposición, a cabeza cuadrada, a cura regla en ristre. También podría sonarnos a fundamento, a soporte, a pilar, pero esto raras veces ocurre. No pretendo defender aquí los dogmas en los que creo, ni establecer un programa educativo ni enumerar los valores o virtudes que me parecen fundamentales. Diré solo que, en mi opinión, aprender cosas, el saber, la cultura deberían servir para enraizarnos, para establecer una relación amorosa con la realidad de la que pueda nacer el compromiso. Y para que eso

ocurra debemos ver el mundo y nuestra propia existencia como algo bueno en sí, deseable y comprensible, como un regalo.

No podemos huir de los dogmas. Es imposible educar sin certezas. Podemos, eso sí, abandonar al niño en la jungla y evitarle cualquier dogma, pero le evitaremos también cualquier educación. Así que no queda más remedio que discernir. Discernir qué libros merecen la pena, cuáles son los rasgos culturales buenos y cuáles los malos, en qué valores educar. Eso o la jungla.

NO MATARÁS (ANIMALES)

A TODOS NOS GUSTAN los animales, ese ejército de fantasía. ¿Quién no se maravilla ante la mirada abisal del lince, con su cara de luna y su corona de negros pinceles? ¿Cómo no simpatizar con los delfines que bailan sobre el agua? ¿Cómo no admirarse del tesón de las hormigas, del señorío del cóndor, del poder mortífero del áspid? Cuando vemos uno de esos paneles que exponen la diversidad de picos entre las aves, no podemos reprimir un gozoso sentimiento de exhaustiva variedad y plenitud, y quisiéramos que el panel fuese más grande, porque sin duda su creador —el del panel y el de las aves— se dejó mil pájaros en el tintero. Toparse con un búho en el bosque o con una manada de íbices en la montaña, acariciar la trompa de un elefante, encontrar una estrella de mar provocan la sensación de haber recibido un regalo. Los abejarucos, las abubillas y las carracas nos hacen detener el paso, sonreír y gritar «¡mira!» aunque vayamos solos.

Los pintores de Altamira no escatimaron esfuerzos en representar la robustez del bisonte, montaña que se desplaza por la llanura haciéndola retemblar. Los trazos delicados delatan no solo reverencia, sino también un cariñoso mimo. Al pintarlos, se hacían íntimo eco de aquellas palabras del Génesis: «Y vio Dios que esto era bueno». El artista no pensaba «qué bueno es que haya bisontes», sino «qué buenos los bisontes». Los egipcios dieron rostro animal a sus dioses, incontables pueblos han procurado la amistad y la protección de los animales, asumir de algún modo su majestad, su nobleza y su poderío, desde el tótem hasta el águila bicéfala.

Sin embargo, nunca hasta nuestros días se había planteado la idea de que los animales fueran no nuestros siervos o nuestros amigos, nuestros enemigos o nuestros dioses, sino nuestros iguales. El pintor prehistórico de bisontes los mataba, y eso también era bueno. Para un número creciente de nuestros contemporáneos, ya no lo es. Al contrario, se trata de un grave atentado. Las causas de esta deriva se encuentran en la idea cristiana del amor al prójimo. El concepto de prójimo ha ido ampliándose hasta abarcar al de otro pueblo, al de

otra raza, al de otra religión y, finalmente, al de otra especie. Al fin y al cabo, si los pinchan, ¿no sangran?

Llevada al extremo, esta idea implica lógicamente que es ilícito matar a un animal, sea cual sea el motivo, del mismo modo que es ilícito acabar con una vida humana. Tampoco podemos usar de ellos para nuestro provecho, como no podemos esclavizar al vecino. Atrapar al vecino en el ascensor y montar sobre sus hombros para que nos lleve al trabajo es inadmisible. Y si no ordeñamos a la vecina, tampoco podemos ordeñar a la vaca.

Pero no todo el mundo ha alcanzado este extremo de perfección moral; aún quedan hipócritas que se indignan ante el cazador de focas pero visten botas de cuero, abominan de la pesca de ballenas pero se atiborran de berberechos y rechazan la tauromaquia pero disfrutan de un filete de pollo. Naturalmente, esto tiene que ver con la ternura o la reverencia que unos y otros nos inspiran: no es lo mismo un chimpancé que una cucaracha, una mosca que un cisne. El caso de los cachorros de foca es especialmente ofensivo. Hace falta ser un diablo surgido del noveno círculo del infierno para hacer daño a un ser tan adorable. Los lechazos que servimos por Navidad son también para morirse de amor, pero esos no aparecen en los documentales. Las gallinas no enternecen demasiado, pero ¿a quién se le ocurre comer pajaritos fritos? Unos rechazan el foie y se conforman con el entrecot, otros rechazan ambas cosas pero usan potingues cosméticos de ignorada procedencia y otros, simplemente, sueltan la lagrimilla ante los bebés de foca que mueren apaleados. Y luego está el animalista escrupuloso que da a su perro comida vegana, no usa ningún perfume para curarse en salud y evita incluso las patatas onduladas con sabor a jamón.

Un caso especialmente interesante es el de la tauromaquia. Hay una tendencia creciente a considerarla ilícita, y la explicación más extendida de esta ilicitud es que matar animales para comer es aceptable, pero hacer un espectáculo de su muerte no. La pregunta obvia es por qué, y el antitaurino amante del escalope nos va a decir, casi con total seguridad, que en un caso es por necesidad y en el otro por un extraño placer patológico. La siguiente pregunta también es obvia: ¿qué es una necesidad? «Pues que si no como, me muero, pero puedo vivir sin espectáculos». Aquí acude en nuestra

ayuda el perfecto animalista y grita: «¡Come plantas, asesino!». Entonces, el animalista a medias se enfada y dice algo como que solo come animales criados en libertad y huevos de gallina feliz, y el otro contesta: «¡Oh, qué bien, seguro que te están muy agradecidos!».

Si recordamos al animalista a medias que los toros de lidia viven en libertad y que también se comen, nos dirá que la tauromaquia sigue siendo ilícita, porque al toro se le mata por disfrute. La conclusión parece ser que hay que comerse el escalope con pena, llorando a ser posible, como Homer Simpson engulle a Tenacitas. Pero imaginemos a un indio galopando por las vastas praderas americanas, con su penacho de plumas y su lanza en la diestra (suponiendo que los indios cazasen con lanza), en pos del bisonte. Los músculos se le tensan, el aire entra a raudales en sus pulmones, el viento agita sus cabellos y siente el placer embriagador de la carrera. Cualquiera diría que está disfrutando. Pero el animalista paciente, que simpatiza mucho con el indio americano, dice que no es lo mismo. Y no lo es, efectivamente, pero por razones distintas de las que él esgrime.

Hay posturas más razonables. Alguien me dijo una vez que no come productos de origen animal porque detesta la industrialización de la ganadería, la producción en serie de nobles criaturas como el cerdo, la vaca, la gallina o la oveja, que las reduce a objetos que deben gastar lo menos posible y crecer y morir lo antes posible. No le parecían dignos ni del ser humano ni de estos animales el hacinamiento, la modificación genética, la alteración de los biorritmos y la alimentación antinatural a base de piensos a menudo infames. Si esta persona tuviese su propio ganado, dijo, y pudiera criarlo de un modo decente, se alimentaría de él sin problema. «Sé que yo sola no voy a cambiar nada, pero no puedo alimentarme de unas criaturas que son tratadas así». Le comenté que hay ganaderías que tratan a los animales de otro modo y respondió que, de momento, no se fía. Simpatizo enormemente con esta postura.

El caso es que hay un sinfín de posiciones intermedias entre el animalista escrupuloso y el hombre, digamos, tradicional. Este último entiende que los animales son buenos y que lo son también

para alimentarse de ellos, para confeccionar vestidos a partir de sus pieles y para que nos ayuden en el trabajo. Incluso para la representación trágica de la lidia. También entiende, siempre que esté en sus cabales, que moler a palos a un mulo o arrancarle los ojos al gato para verle correr enloquecido es algo inmoral. Porque tiene la anticuada idea de que las cosas son lo que son, y que respetar a los animales consiste en respetar su naturaleza. Que el mulo tira del arado porque es fuerte le parece algo tan natural como que la lluvia cae del cielo. Del mismo modo, la paloma lleva mensajes porque vuela y el galgo atrapa liebres porque corre. Y todos viven y comen y duermen y mueren en la granja del hombre. Pero si se tira al galgo desde el palomar, se mata al mulo porque no caza o se le cortan las alas a la paloma para que are, la granja y el hombre y todos sus animales llegan a un lamentable y prematuro final. Porque las cosas, diría el hombre antiguo, no son así.

Mi abuelo (y no hablo de él por ser mi abuelo, sino como prototipo que mejor conozco del hombre que quiero traer a colación) nunca me inculcó su afición por la tauromaquia. Cuando ya era mi abuelo, se le habían quitado las ganas de meterse en muchedumbres y veía los toros por televisión desde el sofá. Lo hacía en absoluto silencio, sin oles ni alharacas, solemne, erguido, hierático, pero su emoción llenaba la estancia. Si yo atrapaba una lagartija o un pájaro, comprendía mi entusiasmo infantil, me explicaba un par de cosas sobre aquella criatura, alababa su belleza y después decía: «Suéltalo, pobre animalito». Cuando empecé a impregnarme del discurso animalista, aquello me pareció una incoherencia: ¿cómo podía ese hombre sentir lástima de una lagartija y disfrutar tan hondamente de las corridas de toros? Nunca se lo pregunté, pero estoy seguro de que sabía que atrapar una lagartija para arrancarle el rabo o arrebatar una urraca del nido para que muera de hambre violentan su naturaleza, pero llevar a un toro bravo a la plaza para que sea bravo y muera bravo no solo respeta la suya, sino que la sublima.

Pero el motivo de estos párrafos no es hacer una apología de la tauromaquia, que otros han hecho ya mucho mejor de lo que yo podría. Se han dado numerosas razones al respecto, a mi entender muy sólidas. Hay un librito de Francis Wolff, catedrático de la Universidad de París, llamado 50 razones para defender las corridas

de toros. En repetidas ocasiones he propuesto su lectura a mis amigos antitaurinos para que me dijeran en qué se equivoca Wolff, pero nunca ha dado resultado, algo que llama poderosamente mi atención. Hay quien dice que no piensa perder su tiempo con algo así, como si conocer los argumentos del contrario no fuera una valiosa inversión de nuestras horas. Otros me dijeron que le echarían un ojo, pero, o no han encontrado el momento, o no han querido compartir sus impresiones conmigo. Asistí a un curso de verano sobre literatura erótica, organizado por la Universidad de Zaragoza, para hablar de poesía amatoria arcaica. Después de la primera jornada, cuando ponentes y oyentes compartíamos mesa, salió el tema de los toros. Había dos chicas frente a mí, inteligentes, educadas y agudas, que se posicionaron radicalmente en contra por «motivos obvios». Mencioné como de pasada el librito de Wolff y las dos chicas contuvieron un respingo y me miraron con ojos nuevos que parecían decir: «Se nos ha colado un troglodita en el curso». «¿Puede haber una razón para defender las corridas de toros?», dijo una de ellas. «Wolff parece haber encontrado cincuenta», dije yo, y pensé que si lo hubiera escrito un par de años más tarde, después de las famosas Cincuenta sombras, tal vez habría añadido, siquiera, una más. Agregaré en mi descargo que Cincuenta sombras no formaba parte de las obras analizadas en nuestro curso de literatura erótica. El caso es que la mujer me preguntó si recordaba alguna de esas razones. Comenté un par de ellas por encima, sin ánimo de polemizar porque tenía que volverme pronto a Madrid, y ella cruzó los brazos, arqueó las cejas y pareció invitarme a partir de inmediato. Pero no dijo nada. Nadie quiere hablar conmigo del libro de Wolff. No pretendo decir con esto que la obra sea absolutamente inatacable; sin duda se cuentan por miles las personas que son capaces de elaborar cincuenta contraargumentos. Sin embargo, esta ha sido mi experiencia, y tengo la impresión de que se debe, sobre todo, a sentimentalismo desbocado, tal vez el error más noble del adolescente. Supongo que también hay algo de pereza o de miedo a someter a crítica las propias convicciones, pero creo que el sentimentalismo es la razón fundamental. De alguna manera, percibimos que posicionarse en contra de la tauromaquia nos señala como personas compasivas, empáticas, bondadosas, y nos gusta sentirnos así. «¿Hay quienes defienden las corridas de toros? Sus razones tendrán; yo prefiero pecar de bueno».

También se han dado múltiples argumentos en torno a la licitud de comer animales, de beber su leche o de vestir sus pieles. Al final, naturalmente, todo se reduce a si somos o no más que animales, en qué sentido y en qué medida, una cuestión ontológica que nos llevaría por derroteros que, una vez más, otros han recorrido con más acierto que yo. Pero hay un razonamiento con el que no me he topado nunca. Curiosamente, uno de los planteamientos más enarbolados por los animalistas para defender su postura es justo aquel que la inhabilita: somos animales y solo animales. De ello quieren deducir que no debemos comer perdices, porque sería como comernos a nuestros primos. La contestación obvia es que los animales no tienen ningún reparo en comerse a sus primos. El águila devora tranquilamente a su prima la paloma. Tengo entendido que el tigre viejo o enfermo devora también a su primo el hombre. Alguien podría decir que los animales matan solo para comer, pero el argumento no es válido por dos razones. La primera es que es falso: el gato bien alimentado juguetea durante horas con el ratón moribundo, lo mata y lo abandona, y el león acaba con los cachorros del rival vencido. Y la segunda razón es que los animales no hacen las cosas porque deban o no hacerlas, sino porque así son. Un insecto deposita sin más sus huevos dentro de otro animal, y cuando estos eclosionan, los insectitos se lo van comiendo desde dentro plácidamente. Llega el cuco, ese explotador, y coloca su huevo en el nido de otro pájaro para que sea él quien lo empolle y alimente al polluelo. Por instinto o por lo que sea. Y el ser humano, animal y solo animal como el cuco y el insecto, por instinto o por lo que sea, adorna su casa con cabezas disecadas, babea ante el foie y organiza corridas de toros.

Si decimos esto a un animalista, probablemente contestará que nosotros, a diferencia de todos nuestros primos los animales, podemos razonar. Diez minutos antes hablaba de la portentosa inteligencia de los delfines, de la cultura de los bonobos y del riquísimo vocabulario de las ballenas, que se comunican exactamente igual que nosotros. Ahora, de pronto, la razón humana se interpone como un abismo entre todos ellos y el hombre. Súbitamente, los seres humanos somos otra cosa. Y el animalista tiene razón: lo somos. Hay más parecido entre un berberecho y un orangután que entre un orangután y un hombre.

Llegados a este punto, el animalista expondrá algo como: «No he dicho que seamos exactamente iguales; lo que quiero decir es que nuestras vidas tienen el mismo valor. Y como nosotros podemos razonar y darnos cuenta de ello, nuestro deber es respetar esas vidas». Pero este argumento también es problemático. Por medio de la razón podemos llegar a la certeza de que somos omnívoros de manual. Y si somos omnívoros, negarnos a comer animales implica violentar la sacrosanta Naturaleza. Por otro lado, si toda vida animal vale exactamente lo mismo que la nuestra, nuestro deber sería suicidarnos, porque constantemente estamos matando animales sin querer. Solo al caminar los pisoteamos por miles: miles de pequeños seres aplastados. El animalista sensato dirá que eso no podemos evitarlo, pero la verdad es que sí podemos. Desapareciendo. ¿Qué derecho tienes a vivir a costa de millones de vidas que valen lo mismo que la tuya? Si te amparas en que así es la naturaleza, estás volviendo a ella y abandonando el reino de la razón, que igual que te permite renunciar a la carne, podría permitirte renunciar a la vida.

La solución estaría en que todos esos diminutos animales no tienen sistema nervioso y, por tanto, no sufren. Así que no pasa nada por acabar con sus vidas. Aparece aquí el pecado del sufrimiento, que nos ocupará más adelante. Mientras no hagas sufrir, todo es válido. Esto, naturalmente, acarrea nuevos problemas, sobre todo de casuística. ¿Dónde ponemos el límite? ¿Qué nivel de complejidad anatómica traza la frontera entre el verdadero sufrimiento y el impulso nervioso indoloro? Arranca aquí una complicada labor de discernimiento científico, tan trabajosa como estéril.

La noción de que los animales son nuestros iguales conduce a una red de callejones sin salida. En cambio, la idea de que somos no solo otra cosa, sino otra cosa superior, despeja el camino, y arroja sobre él una luz que nos permite regular nuestras relaciones con el resto de los seres de la creación, dilucidar qué es lícito con respecto a ellos y qué no lo es. Una labor que el hombre ha desarrollado, entre otras muchas, desde que es tal. Hasta que la ampliación indiscriminada del concepto de prójimo, el pecado del sufrimiento y el sentimentalismo adolescente se interpusieron en su camino.

MUERTE AL PATRIARCADO

«EL PATRIARCADO PUEDE definirse como un sistema de relaciones sociales sexo-políticas basadas en diferentes instituciones públicas y privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurado por los varones, quienes como grupo social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres también en forma individual y colectiva y se apropian de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea con medios pacíficos o mediante el uso de la violencia». La definición es de Marta Fontenla, que goza de gran predicamento en los círculos feministas. No queda sino asentir, porque la historia encaja. Solo hay que mirar alrededor: mujeres salvajemente golpeadas o asesinadas por sus parejas o exparejas sentimentales, o por un cerdo que pasaba por allí; otro cerdo, esta vez jefe, que paga de menos y se toma confianzas de más; mirones, piroperos babosos y maridos demasiado encariñados con el sofá. Hace falta poca humanidad para ponerse del lado de estas mujeres. Y de ahí a concluir que el problema es el patriarcado, solo un incauto paso.

La cuestión del patriarcado nos atañe porque en ella se dan cita dos concepciones típicas de la sociedad adolescente: la de que todos nuestros males responden a una causa única y material y la de que tienen su origen en nuestros ancestros, en su visión arcaica y obtusa de las cosas. Nosotros, los adolescentes fatuos, hemos identificado el problema y lo eliminaremos de un plumazo por mucho que les pese a los carcas.

Pero algo rechina en la definición de patriarcado: según Marta Fontenla, fue «instaurado por los varones». ¿Cómo lo hicieron? ¿Hubo un cónclave de varones, una conspiración para someter a las mujeres, para apropiarse «de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos»? ¿Cuándo? ¿En Altamira, bajo el rojo y el negro de los bisontes? Y, sobre todo, ¿cómo fueron capaces de semejante éxito, de que todos los hombres asumieran su papel de esclavistas y todas las mujeres el de esclavas?

Como el problema es evidente, se han buscando soluciones. Marija Gimbutas, una eminente arqueóloga que excavó y estudió durante décadas los restos de los pueblos prehistóricos europeos, dio al mundo, sobre todo a partir de los 70, una revolucionaria teoría: las sociedades de la «Vieja Europa» eran ginocéntricas, pacíficas y económicamente igualitarias y fueron los kurganes protoindoeuropeos, androcéntricos, patriarcales y belicosos quienes lo echaron todo a perder.

La teoría cayó en campo abonado. Fue recibida con alborozo, obviamente, por los y las feministas: «¿Lo veis? El problema es el patriarcado», se apresuraron a decir. Pero también surgieron voces críticas. Non sequitur, observaron algunos: las evidencias arqueológicas no probaban la hipótesis de Gimbutas, que suponía una inferencia gratuita. Se dijo que aquellas sociedades supuestamente pacíficas construyeron, en realidad, fortificaciones, y que dejaron armas e indicios de sacrificios humanos, desigualdad social, etc. Se la acusó de ver diosas femeninas por todas partes; Gimbutas basó su hipótesis, entre otras cosas, en las antiquísimas representaciones de mujeres descubiertas a lo largo y ancho de Europa: figurillas y estatuas, frecuentemente con los atributos sexuales muy marcados, que asoció con divinidades femeninas de la fertilidad. Dios, para aquellas sociedades edénicas, era mujer, y sus atributos no eran el sable ni el trueno, sino el vientre y el pecho; su quehacer no era la guerra y la conquista, sino el alumbramiento y la consecución de la abundancia. Aquellos hombres y mujeres adoraban la capacidad de dar vida, la feminidad de la naturaleza que fructifica y sostiene a todas las criaturas. Feminismo, ecologismo, pacifismo. Campo abonado.

Pero ¿por qué habrían de apuntar las representaciones de mujeres a un culto exclusivo de lo femenino? ¿Y si eran muñecas? ¿Y si no se esculpieron o modelaron o pintaron más que por placer estético? Sally R. Binford llegó a preguntarse si la abundancia de desnudos femeninos en revistas «para hombres» habría de entenderse hoy como un signo de matriarcado o matrilinealidad. Las representaciones femeninas prehistóricas son tan variadas y multiformes, por otro lado, que asumir que todas aluden a diosas es, como mínimo, imprudente. La propia Gimbutas reconoce haber basado sus teorías en la intuición y no en hechos incontrovertibles.

El asunto empieza a resultar sospechoso. Pero aunque dejemos la controversia arqueológica y antropológica a los que saben, hay otros motivos para no aceptar la teoría de Gimbutas como respuesta a las preguntas que nos hacíamos más arriba. Al margen de que sea demasiado simplista y maniquea, al margen de que resulte tan incongruente con la naturaleza humana, ¿qué pasa con el resto del mundo? Supongamos que en Europa ocurrió lo que dice Gimbutas, que un pueblo violento y patriarcal se impuso a sociedades pacíficas y matriarcales. ¿Qué pasa con China, por ejemplo? ¿Llegó hasta allí la influencia kurgán? ¿Qué pasa con las culturas de la América prehispánica, adonde de ningún modo pudieron llegar los kurganes? ¿Qué hay de los aborígenes australianos? Todos ellos guerreros, todos ellos patriarcales a ojos del feminismo o de cierto feminismo.

Por otro lado, lo que se señala como positivo en las sociedades matriarcales o matrilienales postuladas por Gimbutas es, precisamente, lo que tradicionalmente se ha asociado con la feminidad. Eran culturas menos belicosas que las patriarcales, adoraban la fertilidad, la capacidad de dar vida y alimento. Eso era bueno y hay que recuperarlo, nos dicen los defensores de esta tesis. O sea que lo que hay que recuperar y extender al máximo es, precisamente, la feminidad tradicional. El afán conquistador y explotador es típicamente masculino; el afán conservador y nutricio, femenino. Lo bueno es esto último. Así que lo bueno de la mujer es lo que el patriarcado dice que es bueno en la mujer. La mujer ideal, en consonancia con su diosa, es el ama de casa.

No todos los defensores de la existencia del patriarcado verán estas palabras con los mismos ojos. Unos dirán que, efectivamente, las cualidades tradicionalmente atribuidas a la mujer son positivas, y que lo que hay que hacer es extenderlas. Otros dirán que de ningún modo, que esas supuestas cualidades son un invento del patriarcado y que la mujer puede ser guerrera, conquistadora y explotadora si le place. A estos últimos, supongo, no les hacen mucha gracia las antiguas sociedades matriarcales de Gimbutas.

Las preguntas siguen en pie. ¿Cómo, dónde y cuándo instauraron los varones el patriarcado? ¿Cómo consiguieron imponer su plan a todas las grandes civilizaciones del planeta, incluso a las que resultaban inaccesibles? Solo queda una respuesta: poligénesis. Es

decir, el patriarcado habría surgido de forma independiente en las diversas culturas. Pero esto no elimina los interrogantes. Antes al contrario: ¿cómo pudo darles a todos los hombres del planeta por hacer exactamente lo mismo? ¿En todas partes hubo sociedades matriarcales y pacíficas y en todas partes pueblos androcéntricos y belicosos que las arrasaron sin dejar rastro del proceso? ¿En todas las sociedades los varones se pusieron de acuerdo para apropiarse de la fuerza productiva y reproductiva de las mujeres, de sus cuerpos y sus productos? ¿A todos se les ocurrió exactamente eso? ¿Nadie protestó? ¿Tan universalmente malos éramos?

«Sarcasmo barato», se me dirá. «Nadie habla de cónclaves, nadie dice que los varones decidieran dar ese paso un día concreto; nadie habla de conspiraciones». Y sin embargo, en todas partes ocurrió lo mismo: los hombres de todas las sociedades, o de un número apabullantemente mayoritario de ellas, tomaron la extraña decisión de oprimir a las mujeres. ¿Cómo se explica? «Fue un proceso gradual, no un plan explícito», se dice también. Pero ¿qué lo provocó? Solo se me ocurren dos posibilidades: o un inaudito acuerdo tácito y transcultural, prácticamente universal, o la propia naturaleza humana. Pero que todas las culturas, incluso las que no tenían contacto entre sí, optaran repentina y sistemáticamente por la misma idea, arbitraria y tiránica, es, como mínimo, altamente improbable. La otra opción es el desarrollo de un orden que tuviera algo de natural, lo que explicaría su omnipresencia. Pero entonces no habría instauración por parte de los varones, como quiere Marta Fontenla, sino adopción más o menos espontánea de una organización que parecía adecuarse a las necesidades del ser humano. El patriarcado sería entonces —¡ay!— consustancial a nosotros.

Teniendo en cuenta la segunda posibilidad, podemos suponer que desde que el ser humano existe, el varón, más fuerte físicamente, asume de manera bastante lógica las tareas más exigentes desde el punto de vista físico, y la mujer las que lo son menos. La mujer se ocuparía asimismo, de manera también bastante natural, del cuidado de los más pequeños. Hablar aquí de naturaleza provocará, supongo, que los defensores de la teoría de género tachen mis reflexiones de biologicistas. Esta teoría, ya lo sabemos todos, advierte de que los roles de género, los códigos de comportamiento

de los varones y las mujeres por el hecho de ser tales, son un producto cultural y no natural. Es la sociedad organizada por los varones la que los dicta, y todos los asumimos de manera por lo común inconsciente. Que la cultura influye en el comportamiento social, en los papeles que cada uno asume y en cómo los asume y desempeña está más allá de toda duda. No creo que nadie esté tan ciego como para negarlo. Pero que la naturaleza humana esté completamente al margen de estas pautas, costumbres o como quieran llamarse es algo absurdo. Porque exigiría admitir, ya lo hemos dicho, que la idea artificial y arbitraria del patriarcado se impuso repentina y caprichosamente en la práctica totalidad de las sociedades humanas.

El binomio naturaleza/cultura es muy problemático. Alguien me dijo una vez que el ser humano tiene un único instinto, el de supervivencia, y que todo lo demás es cultura. Pretendía reducir al máximo el influjo de la naturaleza porque la percibía como un encorsetamiento, una limitación de nuestra libertad. Los tiranos pueden basar sus imposiciones en el concepto de naturaleza humana, una misteriosa configuración restrictiva, y esto es intolerable. Resulta obvio que nuestra sociedad actual entiende la libertad, en buena medida, como algo absoluto, sin referencias ni baremos. Somos pura indeterminación y podemos hacer lo que nos dé la gana. ¿Cómo podría ser de otro modo? Si la libertad tiene límites, puntos de partida, condiciones, entonces no es libertad. Si estoy determinado por una naturaleza insoslayable, no soy libre. Y todos queremos ser libres. Entendiendo la naturaleza no como un don sino como una cárcel, lo lógico es tratar de huir. Pensemos en el transhumanismo, en la teoría cíborg. El ser humano es solo cultura —entendida esta como la capacidad de hacer cosas al margen de la estricta biología—, autodeterminación absoluta, mera potencialidad.

Todo se va al traste cuando reparamos en que somos seres culturales por naturaleza. La cultura es lo natural del hombre. El ser humano pinta, baila, adorna, codifica desde que es tal. Así que naturaleza y cultura no son dos factores en liza, sino íntimamente imbricados. Adiós a las ansias de libertad absoluta: no podemos huir de nuestra naturaleza cultural. Negarla, escapar de ella consistiría entonces en hacernos animales. Tal vez alguien lo

prefiera, y no tardemos en asistir a operaciones para eliminar de nosotros todo aquello que nos capacita para la acción cultural. Quedarnos en el crudo instinto, pura inocencia edénica, como los pájaros del cielo. La libertad última sería entonces dejar de ser libres.

Por tanto, cuando alguien defiende que los roles de género son culturales, en lugar de señalarlos como algo ajeno e impuesto, los está colocando en el ámbito más sustancialmente humano. Se podría argumentar que la cultura es el espacio de la libertad, aquello que nos distingue de los animales biológicamente programados, por decirlo así, y que la consideración de los roles de género como fenómenos culturales apunta solo a que podrían ser de otro modo, a que podemos cambiarlos si queremos. Y así es.

Por otra parte, es innegable que somos seres biológicamente determinados. Tenemos una configuración física, unos genes que influyen en nuestra personalidad, un sistema endocrino diferente en hombres y mujeres. Existen, por tanto, una naturaleza biológica universal y diferentes concepciones, tratamientos y encauzamientos de las realidades biológicas por parte de las diversas culturas. Esas concepciones pueden ser más o menos acertadas, más o menos justas, más o menos acordes con el bienestar y con la dignidad de los miembros de una sociedad. Si nuestra cultura cuenta con un sistema de sacrificios rituales de recién nacidos, o de matrimonio por rapto, estaremos de acuerdo en que lo más sensato es un cambio cultural. No será tan unánime la opinión en torno al ordenamiento cultural por el que las mujeres se han ocupado, tradicionalmente, del cuidado de los niños durante sus primeros años de vida. En cualquier caso, lo que es seguro es que dicho ordenamiento no violenta nuestra naturaleza biológica. Podrían traerse argumentos de toda índole, pero no lo creo necesario: cualquiera que tenga dos ojos se da cuenta de que el vínculo entre una madre y su bebé es infinitamente más fuerte que el que existe entre la criatura y su padre. Me atrevería a decir que no se trata de una cuestión gradual; la diferencia es cualitativa. Estamos ante otra cosa. Entonces, que las mujeres se hayan ocupado de la crianza de los pequeños desde que tenemos memoria es algo perfectamente acorde con nuestra naturaleza biológica. Podemos cambiarlo, no obstante, como seres libres que somos. Pero eso sí que sería forzar

las cosas desde la cultura, que es exactamente lo que denuncian como indeseable tantos defensores de la teoría de género.

La relación entre el feminismo y la teoría de género, o de algunos feminismos y algunas teorías de género, es también muy problemática. Ambas visiones se contradicen, de hecho, a menudo. Desde los círculos feministas se ha dicho que la violencia está en el ADN masculino. Esto implica, obviamente, tirar por tierra la teoría de género. Si hay un ADN masculino hay una naturaleza masculina y, por tanto, un ADN y una naturaleza femeninos. O sea que los roles masculino y femenino no son, como defiende la teoría de género, algo exclusivamente cultural. La teoría de Gimbutas, según la cual las sociedades matriarcales eran tan diferentes de las patriarcales, implica que hay una diferencia esencial entre hombres y mujeres. La misma hipótesis de que ha existido y existe un patriarcado instituido por hombres implica que las naturalezas masculina y femenina son distintas.

Así que todo apunta a que el varón y la mujer, allá por el alba de los tiempos, comenzaron a repartir sus quehaceres de forma más o menos espontánea y acorde con su realidad biológica. De momento, no parece que los hombres hayan instaurado ningún sistema para oprimir a las mujeres. Después, las sociedades se van volviendo más complejas, aparecen el rey, el escriba y el político y se acentúan los límites entre los espacios público y privado. El hombre había asumido el primero y en él permanece; la mujer había asumido el segundo y en él permanece. No hay evidencias de fuerza ni de ruptura: ambos siguen desempeñando sus tareas en los espacios naturalmente asumidos.

Lo dicho no significa que ninguna mujer aspirase a acceder al mundo masculino, que no hubiese mujeres deseosas de salir de casa, de ir a la guerra, de tomar decisiones políticas. Enheduanna y Safo participaron activamente en la cultura, Hatshepsut y Cleopatra gobernaron, Zenobia y Artemisia de Caria hicieron la guerra. Y podemos estar seguros de que aspiraciones similares fueron reprimidas en otras mujeres. Pero eso no tiene nada que ver con la instauración por parte de los hombres de un sistema para oprimir a las mujeres, sino con la instauración de un sistema a secas. Porque quienes pretenden alterar el orden, con razón o sin ella, siempre son

vistos como elementos potencialmente desestabilizadores, peligrosos, y por tanto son reprimidos, con razón o sin ella, por quienes defienden ese orden. Podemos entender que esta represión es injusta y nociva, pero no tiene nada que ver con un intento de apropiarse de los cuerpos y los productos de las mujeres. Sobre todo porque si un muchacho ateniense manifestaba su pasión por el telar, era, sin duda, igualmente reprimido.

«En todas [las ocupaciones] la mujer es más débil que el hombre», dice Platón en su Republica. Y en la Política de Aristóteles leemos: «En la relación entre macho y hembra, por naturaleza, uno es superior y otro inferior». Saltan todas las alarmas: «¿Qué dices a eso?». Digo que habría que preguntarles a las mujeres de Platón (de haberse casado) y de Aristóteles qué pensaban de sus maridos. Se cuenta que Jantipa, esposa de Sócrates, le reprendía con frecuencia. ¿En qué era inferior la mujer para estos filósofos? En la guerra, en la política, en la filosofía; es decir, en aquellas actividades que entonces se consideraban propias de varones. La mujer era inferior, según los hombres, en cosas de hombres. Un grupo humano considera que lo suyo es lo bueno y que el grupo de enfrente lo hace peor. Puede parecernos una actitud estúpida, trágica incluso, pero, nuevamente, no tiene nada que ver con la instauración de un sistema para apropiarnos del otro. Las mujeres, con toda probabilidad, consideraban a los hombres inferiores en cosas de mujeres. Sospecho que las mujeres pensaban que Platón y Aristóteles no se ocupaban más que de cosas inútiles. «Ahí va mi marido, otra vez a arreglar el mundo. No se estará quieto, no…». «Aristóteles, querido, siempre has tenido la cabeza llena de pájaros». Oí a la mujer de un viejo alcalde: «Si te ocuparas más de tu casa y menos de las de los otros, otro gallo nos cantaba».

Todo parece indicar que, para la inmensa mayoría de las mujeres, lo verdaderamente importante era lo que ellas hacían: alimentar, cuidar, criar. En relación con esto último, podríamos plantear la siguiente pregunta: ¿cómo es posible que las mujeres fueran oprimidas y saqueadas por los hombres que ellas mismas criaban? Los hombres pasaban los primeros años de sus vidas, decisivos para la adquisición de una visión del mundo y unos valores, en manos de las mujeres. ¿Cómo es posible que estas no hicieran nada para revertir el orden de las cosas, si tenían la sartén por el mango?

Alguien dirá que estaban tan imbuidas de patriarcado que contribuían a perpetuarlo. Las mujeres eran ya tan machistas, se les había lavado tan completamente el cerebro que padecían una especie de síndrome de Estocolmo. O sea, que millones de mujeres no se daban cuenta de que estaban siendo oprimidas y robadas. ¿No supone eso tener una opinión muy baja de las mujeres?

Lo dicho hasta ahora, entonces, apunta a que tenemos dos grupos de seres humanos con visiones distintas de ciertas cosas. Hay un enfrentamiento obvio entre dichas visiones, pero por ningún sitio aparece evidencia alguna de que uno de los dos grupos haya instaurado un sistema opresor para saquear al otro. No es el único enfrentamiento entre colectivos de proyección universal; pensemos, por ejemplo, en la eterna disputa entre los jóvenes y los mayores. Para estos últimos, los muchachos son vagos, díscolos e irrespetuosos; para los muchachos, los viejos son rancios, estrechos de miras y viven anclados en el pasado. En virtud de esta oposición, los jóvenes han sufrido contradicción, represión y violencia desde que el mundo es mundo. ¿Cabría pensar en un sistema instaurado por los mayores para oprimir a los mozos y apropiarse de sus cuerpos y de sus productos? ¿No es más natural entender que cuando dos o más visiones de las cosas conviven, inevitablemente surgen discrepancias, y que estas a menudo se resuelven —o enconan— con agresividad?

Las mujeres se han quejado siempre de que los hombres son brutos, insensibles, violentos, etc. Y los hombres se han quejado de que las mujeres son dobles, caprichosas, inestables, etc. Sin embargo, a nadie se le ocurre decir que las mujeres se han confabulado para desquiciar a los hombres, manejarlos a su antojo y apropiarse de sus cuerpos y sus productos. A nadie se le ocurriría decir que las mujeres seducen sibilinamente al hombre mejor dotado para «apropiarse de su fuerza productiva y reproductiva», y llamar a eso «opresión matriarcal». A nadie se le ocurriría decir que las mujeres, tradicionalmente, se han quedado en casa sin hacer nada mientras que los hombres se jugaban la vida en el campo o en el mar para alimentarlas. Ni el más machista diría, fuera de bromas: «Para mi mujer no soy más que una máquina expendedora de alimentos», pero sí se oye, y muy de veras, que «para los hombres no somos más que incubadoras».

Las mujeres han sufrido una violencia física atroz, a manos de los hombres, desde que el mundo es mundo. Los testimonios son tan inequívocos e innegables que no parece necesario aportar ejemplos. Muchos ven en esta violencia una confirmación de la teoría del patriarcado. Pero hay una explicación mucho menos forzada: la pavorosa inclinación humana a abusar del débil. Ha existido siempre el hombre que maltrata a su esposa. En este sentido, puede hablarse de un clima de violencia contra la mujer, porque esta es «el débil» que la mayoría de los hombres ha tenido más cerca. Pero eso no se llama patriarcado, se llama pecado original. El de verdad, el que postula el cristianismo, y no los sustitutos simplistas derivados de nuestra cosmovisión adolescente. Los seres humanos nos hemos maltratado los unos a los otros, con frecuencia gratuitamente, desde el alba de los tiempos. Porque si existe el hombre que maltrata a su mujer, también existen el jefe (o la jefa) que maltrata a su empleado, el niño (o la niña) de 5.º curso que maltrata al de 4.º, el listo (o la lista) que maltrata al tonto, el profesor (o la profesora) que maltrata a sus alumnos, etc. Existe incluso el padre (o la madre) que maltrata a sus hijos. El fuerte, en suma, abusa del débil, y esto ha ocurrido desde que el primer hijo de mujer matase a su hermano a golpe de quijada.

Alguien podría decir que, efectivamente, esa tendencia está ahí, pero que el patriarcado la refuerza. Somos malos, pero el patriarcado nos hace peores. Sin embargo, la mujer también es capaz de crímenes terribles. ¿Es por causa del patriarcado? El niño que maltrata a otro, ¿lo hace movido por el patriarcado? Hay quien afirma que sí, que este es el origen de la desigualdad y la pobreza, de todo abuso de poder e incluso de los problemas medioambientales: es el afán de dominación y explotación impulsado por el patriarcado el que nos hace abusar de la naturaleza. Mientras repaso estas líneas, un amigo me informa de un nuevo concepto, acuñado por Cara Daggett: la petromasculinidad. Se explica en un reciente artículo publicado en El País: «La escalada del hombre a lomos de la máquina desde la revolución industrial hasta hoy ha derivado en una serie de movimientos autoritarios en Occidente dirigidos a perpetuar la hegemonía masculina y el dominio patriarcal blanco sobre el planeta a través del consumo de combustibles fósiles». ¿Es posible esto? ¿Desaparecería todo crimen, todo abuso y toda injusticia, toda

envidia y toda soberbia, si el feminismo alcanzara sus metas? ¿Dejaríamos de mirarnos por encima del hombro? ¿Dejaría el ladrón de robar, dejaría el maledicente de calumniar? ¿Puede alguien mínimamente consciente de sí mismo creer algo así? Cuando me solivianto y nace en mí la tentación del insulto, ¿se debe a una institución por la cual los hombres se apoderan de la fuerza productiva y reproductiva de las mujeres, de sus cuerpos y sus productos? ¿Es esta la causa última de esa íntima inclinación a hacer lo que no debemos? Obviamente, no. Cualquiera que sea el origen de dicha inclinación, el patriarcado sería, en todo caso, su consecuencia, no su causa.

Podría señalarse que hay, efectivamente, múltiples realidades que nos mueven a cometer distintos abusos, y que la que genera o intensifica la violencia contra las mujeres es el patriarcado. Para otras realidades, habrá que buscar otros nombres. Pero multiplicar las etiquetas para fenómenos idénticos resulta completamente inútil. Si vemos por todos lados similares abusos del débil por parte del fuerte, sean estos hombres o mujeres, niños o ancianos, ¿qué sentido tiene particularizar? «Particularizamos», dirá tal vez una feminista, «porque nos interesa, en concreto, el abuso contra las mujeres. Ese es nuestro campo de acción. Por eso creamos una terminología, para analizar este problema concreto y solucionarlo». Pero volvemos a lo dicho: la tendencia a abusar del otro es universal, no conoce límites de sexo, raza, edad o posición. Los atropellos contra las mujeres son una de las manifestaciones de la inclinación humana al mal, a imponernos, a dominar, anular, someter. Si no vamos a la raíz del problema, si nos ocupamos solo de uno de sus efectos, no solucionaremos nada. Pretender aislar el asunto y resolver solo el problema de los abusos contra las mujeres equivale a paliar un síntoma concreto sin atacar la enfermedad.

«Es cierto, todos tenemos inclinaciones al mal», reconocen algunos. «Pero los hombres tienden más a la violencia física y las mujeres la sufren». De acuerdo. Pero eso, en primer lugar, no demuestra que los hombres hayan elaborado un complot, ni explícito ni tácito, para someter y robar a las mujeres. Por otro lado, todos sabemos que la violencia y el abuso no son solo físicos. Las burlas y las humillaciones son capaces de destruir a una persona. ¿Y acaso no humillan y menosprecian las mujeres? He visto a niñas acosar a

otras niñas en el colegio con saña pavorosa. He visto a mujeres destruir reputaciones con escalofriante impasibilidad. Y nunca se me ha pasado por la cabeza la hipótesis de la violencia matriarcal. Mi impresión ha sido siempre que el ser humano está corrompido, no que una mitad de la humanidad proyectase sistemáticamente su corrupción sobre la otra. Máxime cuando los propios hombres se maltratan tanto entre sí. Las víctimas de la violencia de los hombres son, en su mayor parte, otros hombres. Torpes patriarcas los que instituyen un férreo sistema de opresión contra las mujeres y luego, en vez de disfrutar de los cuerpos y de los productos, se dedican a matarse los unos a los otros. Torpes patriarcas los que, en vez de mandar a las mujeres a la guerra, a la mina o al mar, van ellos mismos. ¿Cómo se ha mantenido indeleble una institución tan torpe en todas partes durante milenios?

Desde hace doscientos o trescientos años, un número creciente de mujeres ha querido cambiar el reparto tradicional de tareas y roles. Hay algunos casos anteriores a la Edad Contemporánea (se menciona a Christine de Pizan, por ejemplo, o a sor Juana Inés de la Cruz), pero el fenómeno comienza a generalizarse a partir de la Revolución Industrial. Esta trastoca radicalmente las formas de vida tradicionales, incluido el reparto de tareas y papeles entre los sexos. Pero ese cambio, alentado por el primer feminismo, supone, curiosamente, darle la razón a los hombres. La mujer quiso trabajar en la fábrica, liberarse de su papel de madre y participar en lo público. O sea, que la mujer quiso hacer lo que hacían los hombres. Teresa Marinovic lo ha expresado con claridad diáfana: «El feminismo, en el fondo, es una versión renovada del machismo, una forma autodestructiva de exaltar lo masculino, de decirle al hombre que lo que él es, que lo que él ha hecho a lo largo de la historia es muy superior a lo que hemos hecho las mujeres». Lo importante es alcanzar la fama, no ocuparse anónima y discretamente de los propios hijos. Lo que nos realiza como seres humanos es una carrera profesional meteórica, no ser el principal creador y sostenedor de un hogar. Volcarse en la intimidad y en la familia está bien, pero nada dignifica tanto como la proyección pública, como dirigir una ciudad o un país. Curiosamente, como ocurría con la «vida digna», estos ideales se cuentan entre los del capitalismo, que tantos y tantas feministas desprecian y vinculan con el patriarcado.

No trataré de dilucidar aquí si esta nueva organización social es o no mejor que la anterior. Es un hecho que, al menos en Occidente, las mujeres (o la mayoría de las mujeres) desean participar en las actividades tradicionalmente masculinas, y los hombres (o la mayoría de los hombres) desean que lo hagan. Como seres libres, podemos modificar el orden social. Pero es también un hecho que este cambio se ha realizado en favor de lo masculino. Los hombres no se han vuelto hacia el hogar (o lo han hecho tímidamente), sino que las mujeres han salido de él. Los hombres no han abandonado su proyección pública, su extroversión ni sus ansias de gobernarlos a todos. Pero sí ha ocurrido lo contrario: las mujeres han asumido las metas de los hombres. Y llamar a eso feminismo es, al menos, paradójico.

Muchas mujeres con las que he comentado estas cosas me han dicho que la terminología les importa un bledo y que lo que quieren es tener la libertad de elegir si desean ser madres o físicas cuánticas o presidentas del Gobierno, y que ese es el sentido de la lucha feminista. Ha existido un orden social más o menos aceptado por todos (hombres y mujeres) y basado en las diferencias biológicas entre los sexos, llámese patriarcado o como sea. Y queremos cambiar ese orden. Pero un orden aquilatado durante milenios no se cambia así como así, porque surgen resistencias. Y a la tarea de vencer esas resistencias la llamamos feminismo, Eduardo, no te pierdas en la semántica.

De acuerdo. Pero, con el cambio, surgen nuevas resistencias. Por ejemplo, la resistencia a valorar a la mujer que quiere ser madre de una prole numerosa, permanecer ajena al éxito laboral y volcarse en el universo de su casa. Esa mujer lo tiene francamente difícil. Le colgarán el sambenito de anticuada, como poco, cuando no de machista, esquirol o hereje. Porque el orden establecido se resiste a quienes le llevan la contraria. Este nuevo orden cuenta con que las mujeres trabajen fuera del hogar, así que nuestra mujer machista no podrá, por lo común, llevar a cabo sus deseos: no podrá quedarse en casa porque, en la mayoría de los casos, no habrá casa si no gana un sueldo que sumar al de su pareja.

Con el dinero que ganaba mi abuelo, primero en el campo y luego empleado en una fábrica, él y mi abuela pudieron comprar una casa

grande (enorme para los estándares actuales) donde ella, dueña y señora, crio a sus propios hijos. Que lo intente hoy la esposa de un jornalero o empleado de fábrica. Elija esa mujer libérrimamente ocuparse de sus retoños, gozar de su presencia algo más que un rato por la noche, dedicarle tiempo al hogar, preparar tranquilamente la comida de cada día, y comprobará que las libertades conquistadas por el feminismo no son para ella.

En suma, la tesis de que las mujeres han sido sistemáticamente desfavorecidas por los hombres a lo largo de la historia y del mundo es falsa. Solo se sostiene si, como apunta Teresa Marinovic, entendemos que las tareas tradicionalmente masculinas son más valiosas, más dignificantes. Y eso es mucho decir. No veo que hacer la guerra sea mejor que hacer la casa. Habría que asumir un punto de vista cuantitativo bastante torpe para suponer que dirigir el pueblo sea más digno que dirigir el hogar. Ir a la fábrica no nos eleva más que ir al mercado. Ni siquiera ser director de una multinacional es más honorable que atender a los lloros de un bebé (yo diría, aunque no venga al caso, que lo es mucho menos). Para concluir que las mujeres han salido perdiendo hay que entender que el poder y la fama son la máxima aspiración del ser humano. Solo así podemos creer que una estrella deportiva o un mandamás son más valiosos que nuestras abuelas.

EL PECADO DE SUFRIR

HEMOS DICHO QUE, para algunos, el pecado original es la ignorancia, y, para otros, el patriarcado. Pero a estas dos concepciones reduccionistas y panabarcadoras se superpone otra, aún más panabarcadora y transversal.

Nuestra libertad no conoce límites. No solo podemos hacer lo que queramos, también podemos ser lo que queramos: hombre o mujer o algo más o menos intermedio; un niño con cincuenta años, un león, una serpiente, un cíborg. Podemos incluso no ser. Solo una cosa nos está vedada: sufrir. Sufrir es el mayor pecado. Uno puede suicidarse y causarle un gran sufrimiento a su madre, pero el error no estará en el suicidio (libérrima elección de alguien con todo el derecho de hacer de su vida o su muerte lo que le venga en gana), sino en el sufrimiento. Eso es lo que no puede ser. No es que la madre sufriente tenga la culpa de nada (de la culpa también hemos sido liberados), pero en ella sucede algo escandaloso, inasumible: el dolor. Se nos ha dado un nuevo mandamiento: no sufrirás. «Perdóneme, padre, porque he sufrido» es hoy la única confesión posible.

Este rechazo visceral del sufrimiento concuerda con nuestra actitud adolescente. El niño llora, pero el adolescente es un llorón: «¡Ay, cuánto sufro! ¡Nadie ha experimentado jamás los padecimientos que me asedian!». El niño olvida pronto el sufrimiento, el adolescente lo señala y lo proscribe. Y esta proscripción explica buena parte de las cosas extrañas que hacemos últimamente, buena parte de nuestros tics, leyes, costumbres. «¿Estamos malcriando a nuestros hijos?», se preguntan innumerables publicaciones. «Cinco señales de que estás malcriando a tus hijos». ¿Qué es lo que hacemos mal? Dárselo todo. «Que mi hijo tenga todo lo que yo no he tenido». Tres videoconsolas, seis pares de zapatillas, teléfonos de temporada, viajes, clases de violín, de inglés, alemán, chino, pintura, natación. El papa tiene una agenda menos apretada que cualquier chaval de doce años. Me llamó una vez una señora para que diera clases particulares a su hijo y, cuando llegó el momento de concretar el

horario, cayó en la cuenta de que aquello era imposible, a no ser que renunciase a comer o dormir.

Luego está lo que no les damos. Un no por respuesta, por ejemplo. Se habla mucho de este afán por complacerlos en todo, y se nos advierte de que puede conducir a una incapacidad crónica para manejar la frustración. Para que no se frustren se adaptan a ellos los saberes escolares y se busca cualquier excusa para subir sus notas, ya lo hemos dicho. En mi antiguo instituto, una inspectora informó al personal de que, por el simple hecho de estar en clase, cualquier alumno alcanzaba cierta nota. «Ese pupitre lleva aquí treinta años y no tiene ni puta idea», contestó un viejo profesor. Creo que la inspectora se sintió muy frustrada.

El asunto tiene que ver con el pecado del sufrimiento. Que los pequeños no lo pasen mal, nada les turbe ni les espante. Así, una madre acompaña al pequeño, con más barba que el rey Melchor, a su revisión de examen en la universidad, y pone firme al profe. Es verídico. Nos aterra que nuestros hijos sufran, y es perfectamente natural. El problema es que lo van a hacer sí o sí, y nosotros, en vez de educarlos en la superación del dolor, o mejor aún en su dimensión fructífera, se lo ocultamos. Negamos la evidencia, y este no ha sido nunca un buen programa educativo.

El aborto también tiene que ver con el pecado del sufrimiento. Los debates al respecto suelen darse por concluidos con la proclamación del siguiente axioma: no tenemos derecho a traer a un niño al mundo para que sufra. La repuesta es bastante obvia: ¡por supuesto que sufrirá, como la madre que le parió! El sufrimiento y la muerte son dos de las pocas cosas seguras en la vida. Tal vez las únicas. Pero nos aterra no poder darle las tres consolas, las zapatillas, los viajes y las clases extraescolares de toda índole. Porque tiene derecho a una vida digna. Y ya sabemos que la dignidad de la vida humana depende del vil metal. Es clamorosamente indigno que un niño crezca sin consola y sin teléfono móvil.

Porque la vida está para disfrutarla, y eso explica también, al menos en parte, los bajos índices de natalidad. No solo vamos a traer a un niño a este mundo cruel condenándole al sufrimiento, sino que nosotros también vamos a sufrir: noches en vela, se acabaron los viajes a Tailandia, habrá que convertir la salita de estar en

habitación infantil, con lo mona que la teníamos. ¿Tenemos derecho a privarnos de tantas cosas, a multiplicar el sufrimiento por tres (suponiendo que su desarrollo no sea exponencial)? Tengo para mí que la decadencia de una sociedad comienza cuando una generación decide que la vida está para disfrutarla. Esto no siempre ha sido así: hubo —y aún quedan— masoquistas monstruosos que entienden la vida como una oportunidad para construir algo bueno, para mejorar las cosas, aunque eso implique renuncias y dolores.

La eutanasia sigue la misma lógica: mejor no ser que ser y sufrir. También el animalismo; volviendo al tema de la tauromaquia, siempre que se habla de ella llega un punto en que alguien enarbola el siguiente argumento: «Si no existiera la lidia, se extinguiría el toro bravo». El taurino sonríe entonces y respira con placidez, creyendo haber desarmado al contrario. Porque, si tanto le importan los toros, lógicamente le importará que dejen de existir. Cualquier cosa antes que eso. El taurino —¡alma cándida!— no sabe que el mayor pecado es el sufrimiento, algo de lo que el antitaurino le informa inmediatamente eliminando de un plumazo su sonrisa y su plácido respirar: «¡Pues que se extinga!». ¡Que el niño no nazca, que el abuelo muera! ¡Cualquier cosa antes de que lo pasen mal! Este es el último peldaño de la decadencia: la elección de la nada, la preferencia por el no-ser, la fascinación del vacío y la oscuridad absolutos.

Hay otros fenómenos cuya relación con el pecado de sufrir tal vez no sea tan evidente. Cada vez más personas establecen con sus mascotas estrechos vínculos afectivos. Las visten, las sacan a pasear en carritos especiales, les preparan elaborados menús. Sabemos que existen peluquerías y cementerios para estos animales, así como empresas que ofrecen servicios funerarios. Ni siquiera se los llama mascotas, sino compañeros no humanos, hijos, familiares. En las redes sociales podemos leer encendidas alabanzas a perros o gatos, que con frecuencia son «mejores que las personas», «fieles hasta la muerte», «comprensivos», y que «siempre están ahí» con su «amor incondicional».

Efectivamente, los animales no ponen condiciones. Ni se nos desmandan, más allá de alguna pequeña travesura. Ni cambian de opinión, ni se enamoran de otra persona, ni nos reprochan nuestras

acciones, ni nos exigen cambios. El perro no pregunta de dónde vienes a estas horas, no nos trata con desapego porque ha tenido un mal día, no necesita que le ayudemos a solucionar los desencuentros con nuestra propia madre ni que soportemos pacientemente sus ataques de inseguridad, de soberbia o de mal humor. En definitiva, nos hace sufrir bastante menos que cualquier ser humano con quien hayamos establecido una relación mínimamente próxima. Los vínculos humanos están llenos de roces, de problemas, de altibajos. Son siempre causa de sufrimiento. Y si hemos decidido que lo peor que puede ocurrir es que suframos, resulta lógico que nos quedemos con los animales. Solo habrá que educarlos convenientemente para que se conviertan en un espejo de nosotros mismos que nos impida el contraste, siempre problemático, con otra humanidad.

Algo parecido, aunque más extremo, ocurre con los famosos bebés reborn, muñecos hiperrealistas de aspecto asombrosamente similar al de un niño de pocas semanas o de pocos meses. Según parece, se han empleado con éxito para tratar diferentes problemas psicológicos. Hay quien los colecciona por puro placer estético y, también, quien los trata como a bebés reales. No se habla de adquirirlos sino de adoptarlos. Un armario bien surtido, juguetes, cambios de pañal, horarios apropiados… Como ocurría con las mascotas, el muñeco no defrauda: no crece, no replica, no importuna. Tampoco enferma ni muere, y en eso aventaja a los animales. Parece ahorrarnos cualquier sufrimiento.

Vaya por delante que no pretendo enjuiciar a las personas mencionadas desde ningún punto de vista. Me interesa aquí, únicamente, describir un fenómeno, o una serie de fenómenos que pueden explicarse, al menos en cierta medida, por eso que llamo el pecado de sufrir.

La industria de los robots sexuales está en auge. Nada que ver con las muñecas hinchables de antaño: se trata de dispositivos también hiperrealistas cada vez más sofisticados cuya demanda aumenta exponencialmente. Uno puede elegir su muñeco o muñeca a la carta: facciones, pelo, color de piel, forma y tamaño del busto, etc. El siguiente objetivo, que se augura cercano, es dotarles de calefacción interna, de voz y de inteligencia artificial (la justa,

claro). Uno hace su desembolso y se olvida de problemas: el muñeco se ajusta al milímetro a nuestros gustos, no pide explicaciones, no pone los cuernos, no se enfada. ¿Quién da más?

No hace mucho saltó a la palestra Akihiko Kondo, un japonés treintañero que se «casó» con un holograma. Eija-Riitta Eklöf-Berliner-Mauer celebró su boda con el Muro de Berlín en 1979. La prensa habla de matrimonios similares con una grúa, con la Torre Eiffel, con la Estatua de la Libertad o con una estación de tren, entre otros muchos casos. Las declaraciones de los protagonistas (de los contrayentes humanos, quiero decir) tienen su miga, pero tampoco vamos a perdernos en los detalles. Desconozco en qué medida obedecen estas acciones a un ansia de notoriedad, pero la insistencia en establecer vínculos amorosos con objetos (objetofilia) señala en la misma dirección que los casos comentados hasta ahora: existe una creciente necesidad de volcar nuestro afecto en algo que de ningún modo pueda defraudarlo. Tampoco corresponderlo, pero el caso es no sufrir.

En los últimos años, varias mujeres se han casado consigo mismas. Dicen no ser la costilla de nadie, ni la media naranja, sino naranjas completas. Dicen no necesitar a nadie para ser felices. En los casos anteriores teníamos, al menos, uno de los rasgos esenciales del amor: la salida de uno mismo, ya sea en pos del perro o el gato, del muñeco bebé o el robot sexual, del holograma, del Muro de Berlín (salida ilusoria, ciertamente). Estas mujeres ni siquiera se exponen a eso, no vaya a ser que el perro se muera, el muñeco bebé se pierda, el robot sexual cortocircuite o el Muro de Berlín sea derribado. Gracias a la sologamia (el neologismo no es mío), las posibilidades de sufrir se reducen aún más.

Supongo que en estas nupcias habrá cierta reivindicación feminista, y que las contrayentes tal vez no pretendan significar que nadie hay más adorable que ellas mismas sobre la faz de la Tierra. Entiendo que es un modo de autoafirmarse frente a un mundo que consideran hostil, una manera de invocar la autoestima. Pero no deja de ser elocuente que lo hagan invocando también el matrimonio (automatrimonio, lo llaman).

En esta acción, de ser sincera, subsiste un cierto gozo ante el don que uno mismo es (siempre que no se trate de mujeres hechas a sí

mismas), cierta alegría, cierto asombro: «¡Qué bien que existo!». Dicen que se quieren y valoran y respetan mucho y las creemos. Sigue habiendo amor, aunque sea propio. Y, por tanto, riesgos: hay días en que uno no se soporta a sí mismo, a veces nos sentimos decepcionados de nosotros mismos, enfadados con nosotros mismos, y es de suponer que eso también les habrá ocurrido a estas mujeres. Parece que, al menos una de ellas, ya se ha divorciado. La posibilidad de la frustración está ahí. En el caso de los hikikomori, término japonés para designar el aislamiento social agudo y voluntario, también se cierra esta puerta. Se trata de personas que viven recluidas, a veces en una sola habitación, evitando relacionarse con otros seres humanos. En los casos más extremos, el aislamiento se prolonga durante años. Se alimentan de comida instantánea o la piden a domicilio, y su nexo con el resto del mundo se limita a la televisión y los videojuegos. Aunque el fenómeno no es exclusivo de Japón, allí es donde su incidencia es más acusada: parece que hay más de medio millón de hikikomori en el país del sol naciente.

Nuestro itinerario por las nuevas tendencias afectivas ha sido descendente. La mascota es un ser vivo que, en cierta medida al menos, se nos puede rebelar, tal vez enferme y seguro que muere, lo que será causa de no poco sufrimiento. Nada de eso le ocurre al bebé reborn ni al robot sexual en cuanto que meros objetos, pero ambos imitan en su forma al ser humano y podrían traernos la nostalgia de amores menos pacíficos. Esta dificultad queda subsanada con la estación de tren o el Muro de Berlín, aunque podrían ser derruidos (esto último fue muy doloroso para Eija-Riitta Eklöf-Berliner-Mauer, según sus declaraciones). Hasta aquí tenemos, ya lo hemos dicho, uno de los rasgos esenciales del amor: la salida de uno mismo, siquiera ilusoria. Que desaparece cuando uno se casa consigo mismo: el amor ya no es recíproco ni transitivo, sino meramente reflexivo (o irreflexivo, según se mire). Estamos ante Narciso solo ante sí mismo, la serpiente que se muerde la cola, la apoteosis del yo. Pero queda, al menos, la posibilidad de la propia contemplación. El ser humano es capaz de pensar sobre sí, de observarse y de caer en la cuenta de lo maravilloso (o despreciable) que es. Algo es algo. En el caso de los hikikomori, el asombro también ha desaparecido: solo quedan la angustia y el miedo.

Paradójicamente, a medida que descendemos hacia el abismo del yo, a medida que nos encerramos, el sufrimiento se intensifica. Ante el aislamiento del hikikomori, la señora que habla de su hijo Manchitas se nos antoja un ser de luz; pasear al muñeco bebé es un acto feliz e inocente en comparación con la muchacha que solo se pasea a sí misma. El sufrimiento, como el destino en la tragedia griega, se consuma cuando tratamos de evitarlo. Se alimenta del miedo y del rechazo, crece a medida que huimos. Uno sufre cuando huye del sufrimiento. No me refiero, claro está, a tomarse una pastilla contra el dolor de cabeza, sino a la evitación del sufrimiento como plan de vida. Si el dolor es una de las pocas seguridades de la existencia y esta se centra en evitar lo que es seguro, lo que sí o sí ha de llegarnos, el fracaso está servido. Y cuando el sufrimiento nos alcanza, nos destroza, porque nos hemos empeñado en que no puede ser, en que no debe ser, en que se trata de un error inasumible. Siguen entonces la pataleta estéril, el ocultamiento avergonzado (cada vez menos gente dice: «Pues mira, estoy jodido») o las actividades anestesiantes. Ninguno de ellos consigue sino incrementar el dolor.

Naturalmente, esto no es nuevo. Siempre nos ha asustado padecer, como es lógico. Pero la fobia al dolor que hoy se manifiesta, el sufrimiento como pecado, me parecen inéditos. ¿Cuál es la causa de este rechazo visceral? Cabe apuntar, por un lado, a la desaparición de la trascendencia. Si el universo se agota en sí mismo, entonces sufrir es una equivocación imperdonable, el único mal posible. Uno puede aceptar existir sin razón, pero no sufrir sin razón. Por otro lado, nuestra pretendida omnipotencia. Se habla (o se hablaba antes de la pandemia del SARS-CoV-2) de control total de la naturaleza, de superabundancia, de inmortalidad. Íbamos a ser como dioses (Homo Deus, que decía un famoso libro). Y resulta que no. Cuando el sufrimiento cae sobre nosotros, se convierte en la más terrible de nuestras contradicciones. La pandemia es un buen ejemplo: resulta que un ser microscópico, unas cadenas de ácidos nucleicos encerradas en una cápsula de proteínas, ha dado muerte al dios. De pronto, los que estaban a punto de conquistar la felicidad absoluta se revelan frágiles, impotentes, necesitados. Los indigentes de la creación. Un descubrimiento insoportable para quien se ha decidido todopoderoso. Las consecuencias han sido una desazón y un pánico infinitos. El cardenal Robert Sarah ha expuesto muy bien esta

trágica ironía.

Detengámonos ahora en el enfoque cristiano del sufrimiento. En primer lugar, lo presenta como algo inevitable: «Tendréis tribulación». No se pretende esquivarlo; el objetivo no es la ataraxia de los clásicos ni la disolución del yo del budismo. Llama la atención que Cristo no hable nunca de felicidad. La palabra eudaimonía, la más próxima en griego, no aparece en los evangelios. Si preguntamos por ahí cuál es el objetivo de la vida, muchos nos dirán que la felicidad. Ser felices es nuestra máxima aspiración. Por eso despachamos cuestiones peliagudas con algo como: «Bueno, si eso le hace feliz…». Pero Cristo habla de tener vida y tenerla en abundancia, no de ser meramente felices. Naturalmente, la vida abundante implica la felicidad, pero esta se nos da por añadidura.

¿Cuál es la solución cristiana? ¿Cómo se vence el sufrimiento? Abrazándolo. No se trata de aceptarlo con resignación estoica. El estoico puede entrenarse en el aguante, puede alcanzar una asombrosa —y envidiable— capacidad para resistir el sufrimiento. Pero resistir no es vencer. Y la única forma de vencerlo es abrazarlo amorosamente. No con amor al sufrimiento, claro está, sino con amor (y por amor) a otro (y a Otro). Cristo abraza la cruz por amor. Y el resultado de ese abrazo es la resurrección. Si me coloco ante una persona que sufre, puedo sucumbir a la tentación de alejarme, pero me llevaré el sufrimiento a cuestas. Recordaré a esa persona, imaginaré su dolor, lo recrearé mil veces. Me habrá vencido. Pero si resisto la tentación y me quedo a su lado, si beso sus llagas, si comparto sus lágrimas, habré vencido yo, y junto al dolor inevitable sentiré paz, que de eso sí habla el Maestro; habré empezado a tener vida en abundancia.

Esto no es solo una cuestión religiosa; no hablo de salvaciones improbables, accesibles solo a los místicos: todos tenemos experiencia de algún sufrimiento abrazado que dio fruto. Así funciona nuestra realidad caída para creyentes, agnósticos y ateos. Estoy en un entierro con un amigo que acaba de perder a su madre, mi amigo se derrumba y llora, tengo que sostenerle para que no caiga, me hace llorar con su llanto y sufrir con su sufrimiento, le abrazo, abrazo y comparto su dolor y nace una especie de victoria

en la derrota, un fruto diamantino que ese dolor no puede tocar.

¿Y si el sufrimiento solo me afecta a mí, y si no hay nadie que lo comparta? La situación se complica, naturalmente. Puedo distraerme con mil cosas, puedo embotar mis sentidos con mil estímulos, puedo limitarme a la queja amarga y desesperada, al reproche; puedo incluso apretar los dientes, echarle valor y resignarme. Pero también puedo descubrir, al fondo de ese dolor, que en realidad nunca he estado solo. «Dios nos susurra en nuestros placeres, habla en nuestra conciencia, pero grita en nuestro dolor: es su megáfono para despertar a un mundo de sordos», escribió C. S. Lewis. ¿Y qué se nos dice en ese grito? Que Dios está ahí, claro, pero no solo eso: también es el grito en la cruz. Los cristianos no creemos en un dios impasible que nos ve sufrir desde su trono de gloria, sino en el Dios que elige sufrir con nosotros porque nos ama, el Dios que abraza y comparte nuestro dolor.

No pretendo hacer una teodicea ni una fina reflexión teológica sobre el sufrimiento, cosas que, nuevamente, otros han hecho infinitamente mejor de lo que yo podría; quiero tan solo contrastar la concepción del dolor como mal absoluto con el enfoque cristiano. Muchos ven en el cristianismo una religión obsesionada con el sufrimiento, cuando no enamorada de él. A otros, en cambio, nos parece una visión perfectamente realista: el dolor está ahí, es inevitable. «Quien desee de verdad erradicarlo, también debería erradicar el amor, que en absoluto existe sin dolor», decía Benedicto XVI. Siempre nos hará sufrir el miedo a que le ocurra algo malo a quien amamos, siempre nos harán sufrir las pequeñas o grandes renuncias que habremos de hacer por el otro, si es que en verdad le amamos. Si te amo, sufro, no hay vuelta de hoja. Pero si sufrir es el único pecado, entonces debo dejar de amarte. Le damos la razón a Benedicto XVI, pero, en vez de aceptar el sufrimiento, erradicamos el amor. O lo intentamos, porque tampoco es fácil, y elegimos compañeros no humanos, bebés reborn, robots sexuales, hologramas, estaciones de tren, para intentar sufrir cada vez menos (y sufriendo cada vez más). El sufrimiento es un pecado tan grande, clama al cielo de tal modo, que preferimos no amar. Y ya hemos visto adónde conduce este camino: lo contrario del amor es la nada.

¡VÍA LIBRE A LOS JÓVENES, A LOS VIOLENTOS Y A LOS TEMERARIOS!

COMO ACABAMOS DE VER, para esquivar el dolor depositamos nuestro afecto en cosas cada vez menos problemáticas (y, lógicamente, menos vivas, menos personales), hasta renunciar por completo a salir de nosotros mismos, como el maníaco que no sale de casa por miedo a tropezar con una piel de plátano, a que una teja se desprenda sobre él, a que le atropelle un coche. Nos atrincheramos en nuestro yo, levantamos una muralla que nos convierte en prisioneros de nosotros mismos.

Esta degradación hasta el puro ego que hace desaparecer el mundo en torno a sí recuerda a la experimentada por las artes. Aristóteles señala que la finalidad del arte es la mímesis, imitación de la naturaleza. La mirada recae en la realidad circundante. Poco a poco, sin embargo, los ojos comienzan a volverse sobre sí mismos, y la mirada tiñe la realidad. Luego, esta empieza a desvanecerse, se descompone o se simplifica (al pintar un círculo, pinto las pupilas de la amada, el sol, el mundo: lo pinto todo). Después llega la abstracción, que prescinde de la realidad, y por último la página y el lienzo en blanco, la canción que es solo silencio, la escultura invisible. Ahí desemboca nuestro divorcio de la realidad, la mirada búdica sobre nosotros mismos: en la nada.

Uno de los ámbitos que delatan con mayor claridad la adolescencia de nuestro tiempo es el del arte contemporáneo, tan interesante y debatido. Porque en él se dan cita algunos de los rasgos más característicos del adolescente fatuo: el desprecio del pasado, la exaltación del yo, la entronización de la idea parcial, obsesiva y panabarcadora; etc. He estado leyendo mi manual de arte contemporáneo (cuarto volumen de la magnífica Historia del Arte dirigida por Juan Antonio Ramírez y publicada por Alianza en 1997) y creo que tengo las palabras clave, que coinciden con las del manual del perfecto adolescente presuntuoso: ruptura, novedad, autorreferencialidad, autonomía. «¡Que los muertos sean sepultados en las más profundas entrañas de la tierra! ¡Desembaracemos de

momias el umbral del futuro! ¡Vía libre a los jóvenes, a los violentos y a los temerarios!», dice uno de los primeros manifiestos futuristas. ¿Cabe una arenga más propia del adolescente fatuo?

Desde finales del siglo XIX, hemos asistido a la proliferación de un sinfín de escuelas artísticas conocidas como vanguardias: fauvismo, cubismo, expresionismo, futurismo, abstracción, dadaísmo, estridentismo, surrealismo, arte povera… Como es sabido, una característica común a todas ellas es la ruptura con el pasado. Con las vanguardias, el arte niega la tradición y se convierte en moda. Y el artista se convierte en el mayor de los reaccionarios. La consigna básica es negar lo que se afirmó hace cinco minutos. Recuerda, volviendo a Homer Simpson, a aquel momento en que este se muestra atraído por una mujer delante de su esposa. Ella se lo recrimina inmediatamente y Homer dice: «Marge, eso pertenece al pasado, debes olvidarlo». Curiosamente, la palabra vanguardia se refería en origen a la parte adelantada de un cuerpo militar. Y aunque a los vanguardistas les gustaba ser muy belicosos, no parecen haber tenido en cuenta lo que le ocurre a esa parte adelantada si rompe con lo que tiene detrás de sí.

«Todo lo que escupe un artista es arte», dijo Kurt Schwitters. La frase condensa varias actitudes adolescentes: la exacerbación del ego, la chulería y la monomanía: soy tan maravilloso y auténtico que, si pintando hago arte, escupiendo también. No pretendo decir que Schwitters fuera un ególatra, un chulo o un monomaniaco. Lo desconozco. Tal vez solo pretendiese bromear o constatar una tendencia, que Piero Manzoni haría realidad más tarde con su Mierda de artista. «Contenido neto: 30 gramos. Conservada al natural. Producida y envasada en mayo de 1961», se lee en cada lata. Una de ellas se subastó, según parece, por 275 000 euros. Se dice que la obra fue una crítica al mercado del arte, al hecho absurdo de que la firma del artista fuese capaz de convertir cualquier cosa, incluso la más deleznable, en un objeto de gran valor. Sea como fuere, el sabor adolescente es inequívoco: para burlarse de las tonterías que hace su grupo, el adolescente hace una tontería mayor, y se convierte en el más popular del grupo.

El adolescente fatuo se siente muy listo cuando descubre algo que lleva siglos descubierto. «¿Y si en realidad no soy libre?», piensa un

día, después de que su profesor le haya explicado las leyes de Newton. «Si el movimiento está regido por leyes inapelables, ¿no estará todo regido por leyes inapelables? ¿No podría predecir el futuro con absoluta certeza quien conociera todas esas leyes y fuera capaz de aplicarlas a cada uno de los átomos que componen el universo?». Ha dado a luz, él solito, con apenas quince años, al determinismo. Entonces se va a casa y le dice a su madre que no puede reprocharle el desorden de su cuarto porque no es libre para tenerlo de otro modo. La escandalizada mujer le confiere una libertad insospechada y el adolescente, mientras ordena su leonera, se desahoga denigrando mentalmente a su madre, pero pronto repara en que no tiene derecho a hacerlo, porque ella tampoco es libre para comportarse de otro modo. La situación que acaba de vivir estaba inscrita —¡ay!— en el ADN del Huevo Cósmico. Pero al menos él se ha dado cuenta. Ha bastado un leve ejercicio de su intelecto para echar por tierra la cosmovisión reinante. Llegado a este punto, el adolescente tiene dos opciones: seguir estudiando y descubrir que los griegos ya hablaban de estas cosas hace milenios o continuar toda su vida siendo el secreto descubridor del determinismo. En el primer caso, su fatua adolescencia alcanzará un glorioso final; en el segundo, tal vez pueda dedicarse al arte contemporáneo. Porque los artistas contemporáneos enuncian descubrimientos como el siguiente: «El happening aparece fundamentalmente como un mecanismo de comunicación, un lenguaje especializado en ese objetivo, una técnica de participación colectiva capaz de suscitar entre los asistentes una simpatía activa, hacerles pasar de la receptividad a la acción, crear en ellos y alrededor de ellos una posible participación». Si no fuera porque sabemos que Allan Kaprow, con esta sentencia, trata de definir el happening, pensaríamos que acaba de descubrir las posibilidades de una buena tertulia, que está reflexionando sobre la familia o caracterizando el clima de la reunión de vecinos ideal.

En mi manual de arte contemporáneo leo que «con el fin de lograr la autonomía entre el gesto y la representación, [Georg] Baselitz pinta sus personajes al revés, o coloca sus cuadros al revés». Colocar las cosas al revés es estupendo. Nos ayuda a descubrir aspectos inesperados, a reconquistar el asombro. Por eso lo hacen tan a menudo los niños. Y porque es práctica infantil habitual, como gesto de vanguardia no parece demasiado rompedor. ¿Está Baselitz

entroncando su obra con la tradición inveterada de darle la vuelta a las cosas o su inversión responde a la ilusión adolescente de haber descubierto la rueda?

La saludable tendencia a cuestionar y a explorar que mueve al adolescente, y que impide que nos estanquemos, tiene sus daños colaterales. A menudo le llevará a rechazar el guiso materno —o paterno— y a poner en la luna la última bazofia que ha degustado el último fin de semana. Las siestas en el autobús atestado le parecen infinitamente más reparadoras que las dormidas en el sofá del salón. Las tardes bajo la lluvia se le antojan mucho más sugestivas que el fuego del hogar. Esta tendencia produjo también en Richard Artschwager, artista contemporáneo, sus daños colaterales, que le llevaron a decir: «De la formica arrancó todo. La formica, ese gran material tan feo, el horror de su época, que a mí empezó a gustarme de pronto, porque estaba harto de ver tantas maderas hermosas». Solo la fatuidad adolescente puede conseguir que alguien se harte de ver maderas hermosas.

Llegados los años 80, uno esperaría que lo nuevo es dejar de ser nuevo. Pero los artistas contemporáneos de esa década, fieles a su tradición, siguen siendo nuevos: en 1981 tuvo lugar en Londres una exposición titulada «A New Spirit of Painting». Luego están los «Nuevos salvajes», la «nueva pintura neoyorquina», la «nueva escultura inglesa», el «neo-surrealismo», el «neo-decorativismo» y los «nuevos futuristas». Una obra de Tony Cragg, compuesta por objetos de plástico encontrados en las playas y dispuestos en orden cromático, se llama New Stones-Newton's Tones. Pero sin duda el gesto más fatuamente adolescente que he encontrado en mi recorrido por el manual de arte contemporáneo lo protagonizó nuestro Piero Manzoni, autor de Mierda de artista, cuando en 1961 le dio por firmar cuerpos de personas para convertirlas así en obras de arte. Naturalmente, para eso no hacía falta la firma de Manzoni. Estamos ante el caso de plagio más clamoroso de la historia: Piero Manzoni se ha apropiado de la obra de Otro. De la misma manera, el adolescente puede llegar a creer que las cosas son bellas porque él existe. Quiere usurpar el puesto del padre, a quien ya no necesita, y proclamar que el estatus de todo lo que tiene ante los ojos depende de él. Se me replicará que Manzoni no iba por ahí, que su gesto es una crítica mordaz. Tal vez, pero esa crítica mordaz resulta

muy elocuente.

Se me dirá también que he seleccionado tendenciosamente las obras más chocantes del arte contemporáneo o las boutades lanzadas por sus autores, y que a partir de ellas proporciono una visión simplista, reduccionista o veladamente socarrona. Vaya por delante que no pretendo atacar ni ridiculizar a estos artistas; aludo a ellos como hijos predilectos de su tiempo porque ejemplifican eminentemente las posturas que me interesa destacar. Tampoco pretendo condenar en bloque el arte contemporáneo, sino señalar algunas de las actitudes que lo animan. Actitudes propias del adolescente fanfarrón que también animan (o desaniman) nuestra época.

Un buen amigo, amante del arte contemporáneo, me preguntó una vez: «¿Y qué hacemos? ¿Seguimos pintando como Velázquez?». La respuesta es no. En primer lugar, porque nadie puede pintar como Velázquez. No me refiero a que su técnica sea inaccesible, sino a que sus manos, sus ojos y su alma son suyos y solo suyos. Velázquez recibió la llama viva de una tradición y le insufló nueva vida, la vida que solo él podía insuflarle. Como hicieron Rembrandt, el Bosco o Caravaggio. La pregunta retórica de mi amigo parece implicar que solo caben dos opciones: imitar a los maestros del pasado hasta el fin del mundo o dedicarse a obras como Mierda de artista. O romper con la tradición o el estancamiento. Pero eso entraña, para empezar, una subestimación de nuestras capacidades creativas. ¿Es que el artista contemporáneo rompedor atesora una creatividad tan apabullante que basta con liberarla para que dé a luz un nuevo universo de sublime hermosura? ¿O es que se siente tan apabullado por los universos de sublime hermosura creados por sus predecesores que no sabe qué hacer con ellos? Hay que tener arrojo para medirse con los grandes; resulta mucho más fácil ignorarlos. Y decir que uno los ignora porque es muy original constituye una enternecedora muestra de inseguridad adolescente.

En la pregunta de mi amigo subyace la idea de que la tradición es paralizante. Ahora bien, ¿qué ocurrió cuando los hombres de la Edad Media bebieron de las tradiciones latina y cristiana? El Románico, el Gótico. ¿Qué ocurrió cuando los hombres del Renacimiento pusieron sus ojos en la tradición clásica? El nacimiento de Venus, Leda y el cisne de Leonardo, La Capilla

Sixtina. Y, más tarde, Luca Giordano, el propio Velázquez, Rubens, Quevedo, Cervantes, Shakespeare. Cuando Lorca recupera la poesía tradicional, nos regala el Romancero gitano.

La pregunta de mi amigo revela una especie de hartazgo, una fatiga similar a la del adolescente que cree haber agotado el sabor de todo lo que ha recibido y se entrega a locos experimentos. Lo normal será que la experimentación vaya alcanzando la cordura y que el adolescente redescubra el sabor inagotable de los guisos de su abuela. Y que un día descubra también que él puede ofrecer esos platos, con su propio toque misterioso, a sus hijos. Porque la tradición es vivificante. Es la raíz que nos proporciona asidero, solidez y savia. Pero los nuevos o novísimos radicales, a pesar de su nombre, no van a la raíz, así que se van por las ramas.

CONCLUSIÓN

SOMOS FANTÁSTICOS. Hemos superado milenios de civilización humana por el simple hecho de nacer. Defecamos arte. Hemos descubierto que la causa de todos los problemas era, para vergüenza de nuestros mayores, obvia: la ignorancia, el patriarcado, la manía de sufrir; y que las soluciones son igual de obvias: aprender mucho, poseer mucho, ignorar las desigualdades accesorias y evidentes para poder seguir ignorando la desigualdad sustancial que nuestra autodeterminación ha provocado.

Lo malo es que el despertador podría estar a punto de sonar. Hemos roto con el pasado y nos sorprendemos de que sigan ocurriendo ciertas cosas «en pleno siglo XXI», que debería ser una época gloriosa porque hemos roto con el pasado. Alguien podría rascarse la cabeza y decir: «Algo falla». Alguien podría pensar: «¿De qué sirve que me llamen "persona con capacidades diversas" si esas capacidades no me dan para ser Cristiano Ronaldo?». Tal vez alguien se pregunte si la felicidad de la mosca común debe seguir condicionando tan significativamente la suya. Es posible que algún arrojado rebelde se percate de que aplicar monomaníacamente una sola receta no funciona, y de que las ideas se equilibran unas a otras como los elementos de un ecosistema. Si el adolescente consigue ser padre (difícil gesta), y lleva a su pequeño a recibir las primeras vacunas, quizás caiga en la cuenta de que hay cosas buenas que hacen daño. Más tarde, cuando el pequeño crezca, tal vez su papá descubra que la mejor manera de ayudar a otro no siempre es darle la razón, que contradecir puede ser un acto amoroso. Incluso puede que, un buen día, le asalten aquellas lejanas palabras de su madre, y, con deliciosa cara de persona con capacidades diversas, comprenda de pronto su sentido. Entonces, tal vez descubra que tan importante como descubrir es redescubrir.

Pero solo tal vez. Como seres libres que somos, podemos elegir seguir siendo fantásticos, seguir defecando arte, seguir voceando eslóganes y seguir levantando muros en torno a nosotros para que ningún beso pueda herirnos.

EDUARDO GRIS (Madrid, 1980) es doctor en Literatura Comparada (Universidad de Alcalá de Henares) y compagina la enseñanza con la investigación académica y la creación literaria (entre otros, Los pilares del cielo —Rialp—, Los poemas de amor más antiguos del mundo y Amar mal mata) .